

4656

FÍGARO,

BARBERO DE SEVILLA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

PIERRE-AUGUSTIN CARON

(BEAUMARCHAIS)

adaptada á la escena castellana

POR

José Ignacio de Alberti y Enrique López Alarcón



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

1913

FIGARO, BARBERO DE SEVILLA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

FÍGARO, BARBERO DE SEVILLA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

PIERRE-AUGUSTIN CARON
(BEAUMARCHAIS)

adaptada á la escena castellana

POR

José Ignacio de Albari y Enrique López Alarcón



MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.^o

Teléfono número 551

—
1913

PERSONAJES

ROSINA.

FÍGARO.

BARTOLO.

EL CONDE DE ALMAVIVA.

BASILIO.

EL «DESPABILAO».

UN NOTARIO.

UN ALCALDE.

PERSONAJES

Los trajes de los actores han de ajustarse á la antigua usanza española.

El Conde de Almaviva.—Grande de España, amante de ocultis de Rosina, aparece en el primer acto con chupa y calzón de raso y ciñendo una obscura capa española; lleva sombrero negro, apuntado y adornado con cinta de color.

En el segundo acto: uniforme militar, con botas..Usa bigote.

En el tercer acto lleva traje de estudiante; peinado redondo; amplia gorguera; chupa, calzón, medias y manteo.

En el cuarto acto viste lujoso traje á la española y luce capa obscura de rico paño en que se emboza al entrar en escena.

Bartolo.—Médico; tutor de Rosina. Usa peluca grande; gorguera y puños altos; cinturón negro y cuando sale lleva una larga capa escarlata.

Rosina.—Joven de noble origen y pupila de Bartolo. Viste á la española.

Figaro.—Barbero de Sevilla; va vestido de majo. Usa redecilla. Cubre su cabeza sombrero blanco con cinta de color; atada al cuello una pañoleta de seda; chaleco abrochado con alamares de plata; ancho ceñidor de seda; ligas con caireles; chupa de color vivo que contrasta con el color del chaleco; medias blancas y zapatos grises.

Don Basilio.—Organista, maestro de canto de Rosi-

na. Usa sombrero negro, de teja, sotana y largo manteo. No lleva gorguera ni puños.

El Despabilao.—Criado de Bartolo, mozo bobalicón y torpe. El criado lleva el pelo atado en la nuca; viste chaleco de gamuza y ancho cinturón de piel con hebillas; calzón y chupa azules cuyas mangas, abiertas en los hombros, cuelgan hacia atrás.

Un Notario.

Un Alcalde.—Hombre de justicia. En la mano, una larga vara blanca.

Alguaciles y Criados.—Con antorchas.

La escena en Sevilla; en la calle y bajo las ventanas de Rósina durante el primer acto. En los siguientes dentro de la casa del Dr. Bartolo.

(Se conservan las acotaciones del autor.)



ACTO PRIMERO

Una calle de Sevilla. En un lateral del primer término y de frente al público una casa con ventana practicable que pueda cerrarse con una celosía; bastante grande la ventana para que puedan asomarse á ella dos personas. Al levantarse el telón es de día.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE DE ALMAVIVA, embozado, pasea la calle. Luego se detiene, saca el reloj y mira la hora

Es temprano todavía. La hora en que ella suele aparecer en la celosía está aún lejana. No importa: vale más aguardar que perder la ocasión de verla... (Pausa.) Si alguno de mis amigos de la Corte, supiera que á cien leguas de Madrid, paso las madrugadas de plantón, bajo las rejas de una mujer, á quien aún no he podido dirigir la palabra, seguramente me tendría por un galán de la época de Estebanillo... Y ¿por qué no? Cada uno corre en busca de su dicha: la mía está en el amor de Rosina. ¿Que es una locura seguir á una mujer hasta Sevilla, cuando Madrid y la Corte, ofrecen los placeres al paso? ¡Pero es tan dulce ser amado por uno mismo, por sus cualidades!... Y si pudiera conseguir el amor de Rosina con este disfraz... (Se oye rasguear una guitarra.) ¡Un importuno! (Se esconde.)

ESCENA II

FIGARO. EL CONDE, escondido

Figaro aparece por el fondo con la guitarra á la espalda, en bandolera. Un papel y un lápiz en la mano. Canturreando, viene hasta el centro de la escena, donde se detiene

Fig. La canción me acaba de salir todo lo bien...
(viendo al Conde.) Yo he visto á este pájaro en alguna parte.

Alm. (Aparte, observando á Figaro.) Este tipo no me es desconocido.

Fig. Pero no, no es un pájaro. Tiene un aire noble y elegante.

Alm. Esas trazas de pícaro...

Fig. No, no me engaño: ¡este es el Conde de Al-maviva!...

Alm. ¡Me parece que es el truhán de Figaro!...

Fig. (Adivinando las sospechas del Conde y presentándose graciosamente á él.) ¡El mismo, señor Conde de Al-maviva, el mismo!

Alm. ¡Pillo!... ¡Si hablas una palabra!... (Lo amenaza.)

Fig. Os reconozco cumplidamente en estas maneras familiares con que siempre me habeis honrado.

Alm. Yo no te reconocía. Estás gordo, rollizo...

Fig. (Con picaresca amargura.) ¿Qué quiere su excelencia? ¡la miserial!...

Alm. ¡Pobrecillo!... Pero, dime, ¿qué haces aquí, en Sevilla?... ¿No te recomendé en el ministerio, para que te emplearan?

Fig. Y obtuve una colocación, por la que doy infinitas gracias á su excelencia.

Alm. No me des tratamientos. Llámame Lindoro. Ya podías figurarte, viendo mi disfraz, que no quiero ser conocido.

Fig. Entonces me retiro.

Alm. Al contrario. Estoy aquí aguardando... haciendo tiempo, y dos hombres que charlan son menos sospechosos que uno que ronda. Vamos á hablar; bueno y, dime, ¿aquél empleo?...

- Fig.** El ministro, atendiendo á la recomendación de su excelencia, me nombró, en el acto, mancebo de botica.
- Alm.** ¿En los hosp'tales del ejército?
- Fig.** No; en la remonta de Andalucía.
- Alm.** (Riendo.) ¡Buen principio!
- Fig.** La colocación no era mala. porque desde el primer momento vendía á los campesinos las medicinas que preparaba para los caballos.
- Alm.** ¿Y el paciente reventaría en seguida?
- Fig.** No hay ningún remedio que cure todas las enfermedades.
- Alm.** Y ¿por qué dejaste el destino?
- Fig.** No lo dejé, fué él el que me dejó á mí... Me minaron el terreno, enemistándome con mis jefes. La envidia, con sus garras afiladas y su cara lívida...
- Alm.** (Interrumpiéndole,) ¡No, por Dios, Fígaro!... ¿También te dedicas á la literatura? Ya te he oído hablar de una canción y cantarla con la guitarra.
- Fig.** Hago versos... y música, excelentísimo señor, y esta ha sido, precisamente, la causa de mis desventuras. Un soplón dió cuenta al Ministro de que yo hacía preciosos ramilletes líricos; de que yo enviaba charadas al Diario; de que mis madrigales, los repetían todos los labios... por último, cuando supo que mis producciones iban á ser impresadas, tomó la cosa en trágico, y me hizo cesar en mi empleo, con el pretexto de que el amor á las bellas letras es incompatible con el espíritu de los matasanos.
- Alm.** ¡Vaya una cosa! ¿Y tú no te hiciste presente?...
- Fig.** Yo me felicité de que no volviera á acordarse de mí; el mayor favor que pueda hacernos un ministro, es no acordarse del santo de nuestro nombre.
- Alm.** Y ¿esa fué toda la razón para que te dejaran cesante? Algo te callas. Yo recuerdo que, cuando estabas á mi servicio, eras un pillastre.
- Fig.** ¡Falsos testimonios, señor! Los pobres ¿no podemos tener defectos?

- Alm. Eras perezoso, desordenado...
- Fig. Según las virtudes que se exigen á un criado: ¿conoce su excelencia muchos amos que fueren capaces de ser buenos lacayos?
- Alm. (Riendo.) No está mal, no está mal... Pero, ¿cómo ha sido el venir á establecerte en Sevilla?
- Fig. Mi angel bueno, que me condujo á esta ciudad para que yo tuviera la fortuna de encontrar nuevamente á mi antiguo señor.
- Alm. (Interrumpiéndole.) ¡Calla un momento!... (Mira hacia la reja.) Creí que era ella:.. Continúa que te escucho.
- Fig. (Durante la réplica, el Conde observa atentamente la celosía.) Vuelto á Madrid, quise ensayar mis talentos literarios, y el teatro me pareció el campo más apropiado á mis facultades.
- Alm. ¡Me valga Dios!
- Fig. Mi tentativa, tuvo mala fortuna; y, convencido de que la república de las letras, es como manada de lobos, eternamente los unos acosados contra los otros; y de que, entregados al menosprecio á que les conduce este risible encarnizamiento, todos los insectos—los mosquitos, los zancudos, los críticos, los tábanos, los envidiosos, los libreros, todo ese enjambre que se ceba en la piel de la desdichada gente de letras—acaban por desmenuzar y chupar la poca sustancia que les queda: harto de escribir, aburrido de mí mismo, enojado con los demás, abrumado de deudas y ligero de bolsa; convencido, al fin, de que la renta de mi navaja, es preferible á los vanos honores de la pluma, abandoné Madrid.—Con mi bagaje en bandolera, recorrí filosóficamente, Castilla, la Mancha, Extremadura, Andalucía.. y, acogido en tal aldea, encarcelado en otra, alojado por éste y despedido por aquél, aprovechando el buen tiempo y resistiendo el malo: burlándome de los necios, defendiéndome de los pícaros, riéndome de mi miseria y haciéndole la barba á todo el mundo, siempre superior á los acontecimientos, arribé á esta ciudad de Sevilla, donde me tenéis establecido, pronto á emplearme en vuestro

servicio, para todo aquello que os dignéis disponer.

- Alm.** ¿Quién te ha enseñado tan alegre filosofía?
Fig. El hábito de la desdicha. Me apresuro á reirme de todo, por miedo á tener que llorar... Pero ¿qué miráis con tanta insistencia hacia ese lado?
- Alm.** ¡Huyamos!
Fig. ¿Qué pasa?
Alm. ¡Ven, te digo, ó me pierdo! (Se esconden.)

ESCENA III

DON BARTOLO y ROSINA

La celosía del primer término se abre y aparecen á la reja Rosina y don Bartolo

- Ros.** ¡Qué gusto respirar el aire libre! Esta celosía se abre tan pocas veces...
- Bart.** ¿Qué papel es ese?
Ros. La tonada que me trajo ayer el maestro de canto. «La inútil precaución.»
Bart. Y ¿qué es eso de la precaución inútil?
Ros. Es el título de una comedia nueva.
Bart. ¿Otra comedia?... Alguna estupidez de nuevo cuño.
Ros. No sé.
Bart. ¡Bueno val! Los diarios y la autoridad, nos imponen hoy el criterio... ¡Siglo más barbaro que este!
Ros. Injuriáis continuamente á nuestro siglo.
Bart. Con perdón de la libertad, ¿qué es lo que ha producido esa señora, para que se la elogie? Toda clase de necesidades: la libertad de pensamiento, la gravitación, la electricidad, la tolerancia, la vacuna, la quinina, la enciclopedia... y los dramas!...
- Ros.** (Dejando caer la canción á la calle.) ¡Ay, mi canción!... Mi canción, que se me ha caído. Id, id por ella, no sea que se pierda.
Bart. ¡Por vida del diablo! Lo que se tiene en la mano no se suelta jamás... (Desaparece de la reja.)
Ros. (Mirando hacia la calle y haciendo señas.) ¡Chist!...

- ¡chist! (El Conde aparece.) ¡Pronto!... ¡recoged el papel y ocultaos!... (El Conde, coge la canción y se oculta)
- Bart.** (Apareciendo en la calle.) ¿Dónde está? (Busca en el suelo.) No veo nada.
- Ros.** Al pie de la reja...
- Bart.** No hay nada... La hemos hecho buena... ¿Ha pasado alguien?
- Ros.** No he visto á nadie.
- Bart.** (Aparte.) ¡Y yo que he tenido la candidez de salir!... Bartolo, eres un estúpido, y aprende á no abrir jamás las celosías que dan á la calle. (Se entra.)
- Ros.** ¡Qué desgraciada soy! Sola siempre, siempre encerrada y víctima de la persecución amorosa de un hombre á quien aborrezco. ¿Hago mal en pretender libertarme de la esclavitud?
- Bart.** (Apareciendo de nuevo en la reja.) Entra, entra, Rosina. Yo tengo la culpa de que se te haya caído la romanza; pero te juro que esta contrariedad no volverá á ocurrir otra vez. (Cierra la celosía con llave.)

ESCENA IV

EL CONDE y FÍGARO

Reapareciendo con precaución

- Alm.** Ahora que se han retirado, vamos á ver la canción, en la que habrá, seguramente algún misterio... ¡una carta!
- Fíg.** ¡Y preguntaba ese hombre lo que era la precaución inútil!
- Alm.** (Leyendo rápidamente.) «Caballero: Sus expresivas finezas excitan mi curiosidad. En el momento que salga mi tutor, como si habláseis con Fígaro, cerca de la celosía, decidme las circunstancias, nombre, estado é intenciones del que parece tan obstinadamente interesado por la desdichada Rosina.»
- Fíg.** (Imitando la voz de Rosina.) Mi canción... mi

canción que se me ha caído. (Ríe á carcajadas.)
¡Las mujeres!... Si quereis despertar la astucia en la criatura más inocente, tenedla encerrada medio día.

Alm. ¡Mi adorada Rosina!
Fíg. Ahora comprendo el motivo de vuestro disfraz: os consagrais al amor en perspectiva.

Alm. Ya lo ves; pero como hables. . (Lo amenaza.)
Fíg. ¡Hablar yo!... Mi propio interés os garantiza mi silencio.

Alm. Está bien... Sabe, pues, que hace seis meses descubrí en el Prado á una joven de tal belleza... pero, ¡qué te diré si ahora acabas de verla! En vano la busqué por todo Madrid. Al fin, hace unos días, pude averiguar que su nombre es Rosina; que es de noble cuna, huérfana y que vive con su marido, un viejo, médico de Sevilla, que se llama Bartolo.

Fíg. La pajarita es muy linda; pero difícil de sacar del nido... Y ¿quién os ha dicho que Rosina es mujer del doctor?

Alm. Todo el mundo.

Fíg. Esa fué una farsa inventada al llegar á Madrid para ahuyentar á los galanteadores. Rosina no es la esposa del doctor. Hasta ahora no es más que su pupila; pero quizás muy pronto...

Alm. (Vivamente.) ¡Jamás!... Yo venía decidido á intentar todos los medios por conseguir su amor. Siendo ella libre, no hay un momento que perder; es necesario que me ame y libertarla del indigno enlace á que la destinan. ¿Tú conoces al tutor?

Fíg. Como á mi madre.

Alm. ¿Qué clase de hombre es?

Fíg. (Vivamente.) Es un vejezuelo alto, enjuto, rasurado, calvo, desgarrado de tipo...

Alm. (Deteniéndole impaciente.) Ya lo he visto. Pero, ¿su carácter?

Fíg. Brutal, avaro, enamorado y celoso de su pupila que le odia á muerte.

Alm. Entonces, ¿sus medios de agradar?

Fíg. Son nulos.

Alm. Tanto mejor. ¿Y su honradez?

Fíg. La indispensable para no ir á presidio.

Alm. Mejor que mejor. Así podremos castigar á

- un bribón y buscar mi felicidad... todo de una vez.
- Fig.** Es hacer á un tiempo el bien del prójimo y el propio: una obra maestra de moralidad, andante, señor.
- Alm.** Y dices que por temor á los galanteos cierra su puerta...
- Fig.** A todo el mundo. Si él pudiera cerrarla á piedra y lodo...
- Alm.** ¡Esto es peor!... ¿No podrías tú introducirte en esa casa?
- Fig.** ¿Que si puedo? Primeramente, la casa que yo habito es propiedad del doctor, que me la da *gratis*.
- Alm.** ¡Ah!
- Fig.** Sí. Y yo, en compensación, le doy tres onzas de oro al año, *gratis* también.
- Alm.** (Impaciente.) Entonces, ¿tú eres su inquilino?
- Fig.** Y además su barbero, su cirujano y su farmacéutico. En su casa no se da ni tajo ni lancetazo que no sea por mi mano.
- Alm.** (Abrazándole.) ¡Oh, Fígaro, amigo mío!... Tú serás mi ángel tutelar, mi libertador, mi providencia.
- Fig.** (Complacido, dejándose abrazar.) ¡La utilidad acorta las distancias!
- Alm.** ¡Feliz tú, Fígaro! ¡Vas á ver á Rosinal... ¡porque irás á verla!
- Fig.** Pero ¿soy yo el enamorado? ¡Ojalá pudiera cederos mi puesto!
- Alm.** ¿Cómo burlaríamos la vigilancia de don Bartolo?
- Fig.** En eso estoy pensando.
- Alm.** Con engañarlo un día solo es suficiente.
- Fig.** Despertando en las gentes el interés propio se las convence de que no den importancia al interés ajeno.
- Alm.** Sin duda. ¿Y qué?
- Fig.** (Cavilando.) Buscaba yo por mi cabeza, si la farmacia no me proporcionaría algún medio .. inocente...
- Alm.** ¡Estás loco!
- Fig.** Señor. ¡Haciéndole el menor daño posible! Pero se me ocurre una idea más sencilla. Mañana llega á la ciudad un regimiento.
- Alm.** Y el coronel es muy amigo mío.

- Fig.** Perfectamente. Le pedís una boleta, os presentais en casa del doctor como militar y si os aloja, yo me encargo de lo demás.
- Alm.** ¡Magnífico!
- Fig.** Y no estaría de más que adoptárais el aire de estar entre Pinto y Valdemoro... (Imitando el balanceo de la embriaguez.)
- Alm.** ¿Para qué?
- Fig.** Para que no sospeche y os crea más necesitado de dormir la mona que de intrigar en su casa.
- Alm.** ¡Admirablemente pensadol! ¿Pero tú no vendrás también?
- Fig.** Yo, sí... Y si el doctor no os vió en su vida, es fácil que no os reconozca. ¿Pero y luego cómo volveréis á entrar en la casa?
- Alm.** Es verdad.
- Fig.** Porque yo me temo que no acerteis á sostener un papel tan difícil como el de... caballero borracho.
- Alm.** Perfectamente. Verás. (Haciéndose el borracho.)
- Fig.** ¿No es esta la casa del doctor don Bartolo?
- Fig.** No está mal... solamente las piernas un poco más sueltas... con más vino. (Con el tambaleo y la voz de una enorme borrachera.) ¿No es esta la casa...?
- Alm.** (Protestando.) ¡Esa es una borrachera plebeya!
- Fig.** Esa es la Lorrachera sabrosa: la borrachera en que uno se divierte.
- Alm.** ¡Chits! ¡La puerta se abre!
- Fig.** Y es nuestro hombre... Alejémonos hasta que se haya marchado.

ESCENA V

EL CONDE y FÍGARO, escondidos. DON BARTOLO

(En la puerta, hablando hacia el interior de la casa.)
Vuelvo al momento: cuidado como dejéis entrar á alguien... (Cerrando.) ¡Buena tontería fué bajar por los papeles! Desde el momento en que ella me lo rogó, debí desconfiar... ¡Y Basilio sin venir!... El debía arreglar todo lo necesario para que mi boda se celebrara mañana con el mayor secreto; pero, nada... Vamos á ver qué le sucede. (sale.)

ESCENA VI

EL CONDE y FÍGARO

- Alm.** ¿Has oído? ¡Mañana va á casarse en secreto con Rosina!
- Fig.** Ya he oído, señor. Y pienso que no hay tiempo que perder. Aunque tengamos que abrir la puerta con mis lancetas.
- Alm.** ¿Y quién es ese Basilio que danza en la boda?
- Fig.** Un pobre diablo, profesor de música de Rosina: infatuado con su arte, algo pícaro, algo hambriento, que se arrastra por una moneda y con el cual nos será fácil entendernos. (Reparando en la celosía que se abre.) ¡Miradla, miradla!
- Alm.** ¿A quién?
- Fig.** Tras la celosía... ¿no la veis?... (El Conde avanza unos pasos hacia la reja mirando á Rosina. Fígaro le detiene.) Tan descaradamente no.
- Alm.** ¿Por qué?
- Fig.** No os previene en la carta que habléis indiferentemente... es decir, que habléis por el gusto de hablar... Sigue á la ventana. Miradla desde aquí, pero de reojo.
- Alm.** Puesto que he logrado interesarla sin que me conozca, continuaré llamándome Lindoro, y mi triunfo tendrá mayor encanto. (Saca el papel que arrojó Rosina.) Pero, ¿qué le digo?
- Fig.** Decid todo lo que se os ocurra; es lo mejor. Entre enamorados, el corazón no escribe de crítica... (Almaviva y Fígaro se apoyan en el muro, cada uno á un lado de la ventana y hablan con indiferencia.)
- Alm.** Rosina: ya que me lo ordenais, os hablaré. Aunque desconocido, me atreví á amaros ciegamente; al nombrarme, ¿qué podía hacer más que ir á vos? Es forzoso obedecer á los que nos mandan.
- Fig.** ¡Muy bien!... ¡Animo!
- Alm.** Rosina, soy Lindoro. Soy pobre y no puedo ofreceros un rango de ilustre caballero, sino un amor muy grande y que será eterno.

- Fig.** ¡Diablo! Lo hacéis muy bien.
Alm. Todas las noches y todas las mañanas cantaré mi amor sin esperanza. Mi dicha será veros y esperar que alguna vez halléis el modo de encontraros con mi amor.
- Fig.** (Acercándose al Conde y abrazándose á sus piernas.)
¡Admirable!
- Alm.** ¡Fígaro!
- Fig.** ¡Señor!
- Alm.** ¿Crees que me habrá confundido?
- Ros.** (Se oye cerrar de golpe la ventana.)
- Alm.** Han cerrado de pronto. Alguien que la habrá sorprendido.
- Fig.** Ya es vuestra, Excelencia.
- Alm.** Ya me he servido del mismo medio que ella me indicó. ¡Tiene gracia!
- Fig.** ¡Tiene astucia! ¿Tendrá amor?
- Alm.** ¿Estás seguro de que ella me corresponde, Fígaro?
- Fig.** Y de qué ha de escapar á través de la celosía si no encuentra otro medio de salir.
- Alm.** (Entusiasmado y haciendo protestas de amor bajo la reja.) ¡Suyo; de mi Rosina para siempre!
- Fig.** ¿Qué estais haciendo?... Si ella no os escucha...
- Alm.** Fígaro amigo... No te voy á decir más que una cosa: Rosina será mi mujer. Si tú secundas mis proyectos y le ocultas mi nombre... ya me entiendes y ya me conoces...
- Fig.** Entendido... (A sí propio.) Vamos, Fígaro hijo mío, acógete á tu fortuna.
- Alm.** Retirémonos para no hacernos sospechosos.
- Fig.** (Con decisión.) Entraré ahí por maña ó por fuerza. A una señal de mi talismán dormirán los centinelas y despertará el amor; se extraviarán los celos, fracasará la intriga y se derribarán todos los obstáculos. Vos, señor, á mi casa; un traje de soldado, una boleta de alojamiento y oro en los bolsillos.
- Alm.** ¿Para qué el oro?
- Fig.** (Sagazmente.) ¡El oro!... ¡Dios mío; el oro es el nervio de la intriga!
- Alm.** Pues no temas, que habrá bastante oro.
- Fig.** (Marchándose.) Hasta ahora.
- Alm.** Fígaro.
- Fig.** (Volviéndose.) ¿Qué queréis?

- Alm.** (Entregándosela.) Tu guitarra.
Fig. (Viniendo á tomarla.) ¡Había olvidado mi guitarra!... ¡Yo!... ¡Indudablemente estoy loco! (va á marchar de nuevo.)
- Alm.** ¿Pero cuál es tu casa?
Fig. (Volviendo.) Realmente estoy loco. Mi casa está á cuatro pasos de aquí: pintada de azul, con vidrieras emplomadas y tres bacías colgadas de la muestra. (Telón)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Una pieza inmediata á la alcoba de Rosina. Al fondo una ventana
con celosías

ESCENA PRIMERA

ROSINA, alumbrada por una bujía, toma papel del pupitre
y escribe

Marcelina está enferma; los criados atienden á sus quehaceres; nadie puede verme escribir, á no ser que estas paredes tengan ojos y oídos, ó que á mi carcelero le proteja algún genio maléfico que le refiera todos mis actos. No puedo dar un paso, ni pronunciar una palabra sin que mi tutor nó adivine al instante cuál es mi intención. ¡Ah, Lindoro! (Cierra la carta.) Ahora guardemos esta carta, porque ignoro cuándo y de qué manera la podré hacer llegar á sus manos... Esta mañana, á través de las celosías, lo he visto hablar largamente con el barbero. Figaro es un buen hombre que me ha demostrado algunas veces su simpatía y su piedad... ¡Si pudiera hablarle un momento!

ESCENA II

ROSINA y FÍGARO

- Ros. (Sorprendida.) ¡Hola, Fígaro! ¡Qué alegría me da verte!
- Fíg. ¿Bien de salud, señora?
- Ros. No muy bien, señor Fígaro: el aburrimiento me mata.
- Fíg. Lo creo; no engorda más que á los imbéciles.
- Ros. ¿Con quién hablabais tan animadamente al pie de mi reja? Yo no podía oír desde aquí.
- Fíg. Con un joven pariente mío; un bachiller de gran porvenir, lleno de ingenio, de talento, de sentimentalismo y... con una figura y un garbo...
- Ros. Es verdad: he reparado bien en ello... ¿Y cómo se llama?
- Fíg. Lindoro. El pobre no tiene dinero; pero si no hubiera escapado intempestivamente de Madrid, hubiera obtenido un buen empleo.
- Ros. (Turbada.) Lo hallará, amigo Fígaro; seguramente lo hallará. Un joven de tan buenas cualidades no puede pasar inadvertido.
- Fíg. (Aparte.) ¡Esto va bien! (Alto.) Tiene un gran defecto que ha de perjudicarle.
- Ros. ¡Un defecto, Fígaro! ¿Estás seguro de que tiene un defecto?
- Fíg. (Pesaroso.) Sí... un gran defecto. ¡Está enamorado!
- Ros. ¡Enamorado!... ¿Y á eso llamas defecto?
- Fíg. Verdaderamente el amor no es defecto sino en relación con la escasez de fortuna.
- Ros. ¡Qué injusta es la suerte!... ¿Y cómo se llama esa persona de quien está enamorado su pariente? ¡Soy tan curiosa, Fígaro!
- Fíg. Si he de deciros la verdad, vos sois la última de los que deben saber de que persona está enamorado Lindoro.
- Ros. (Rápidamente.) ¿Por qué?... Yo soy discreta y al saber que ese joven es pariente tuyo, siento un vivísimo interés por él... ¡Dímelo!
- Fíg. (Mirándola fijamente.) Figuraos la muchacha

más linda, dulce, tierna, espigada y alegre del mundo. Tiene boca de rosa, talle de palmera, y unos ojos... y una cara, ¡y un aquel en la cara y en los ojos!

Ros.

¿Vive en Sevilla?

Fíg.

¡Y en este barrio!

Ros.

¿Y en esta calle?

Fíg.

Y á dos pasos de mi casa.

Ros.

¡Hombre, qué bien... para tu pariente el bachiller! ¿Y esa persona es?...

Fíg.

Yo no he dicho quién es.

Ros.

Es la única seña que se te ha olvidado. Dímelas, dímelas... que si viene Bartolo no podré saberlo.

Fíg.

¿Vuestra merced lo desea?

Ros.

Lo deseo.

Fíg.

Pues esa persona es... la pupila de don Bartolo.

Ros.

¿La pupila?

Fíg.

Del doctor Bartolo, sí, señora.

Ros.

No lo creo.

Fíg.

¿Será preciso que venga el bachiller y lo diga para que lo creais?

Ros.

Me dejais fría, Fíguro.

Fíg.

¿Fría? No hay motivo. Se teme á lo imprevisible del porvenir porque nos horrorizamos de pensar que no coincida con nuestro deseo. Esto es lo que se debe temer del mañana.

Ros.

(Distraída.) Si me ama, que me lo demuestre no comprometiéndome.

Fíg.

El que ama no puede ser discreto. El cariño es el enemigo de la cautela.

Ros.

(Baja los ojos.) Cautela sin amor... esto es lo más cómodo...

Fíg.

Sin embargo, me parece mejor amor sin tapujos... Si yo fuera mujer en vez de barbero.

Ros.

Mi tutor debe comprender que una muchacha no puede impedir que un hombre la enamore con buen fin. Pero si Lindoro comete alguna imprudencia, puede perdernos.

Fíg.

(Aparte.) Ganarnos, más bien; pero culpa es de él sólo por haber recibido una carta suya. ¡Qué poder el de las cartas!

Ros.

(Dándole la carta.) No puedo escribirle más. Al dársela dile... (Escucha. Pausa.)

- Fig.** (Escucha.) Nadie, señora.
Ros. Que mis cartas no son cartas de amor.
Fig. Eso no hay que decirlo. Esto (La carta.) es amistad nada más; el amor se comportaría de otra manera muy diferente.
Ros. Nada más que amistad, ¿sabes, Figaro? Pero temo que ante las dificultades...
Fig. Arda el fuego de la pasión. El viento que apagaría una luz enciende una brasa. Y nosotros somos cada uno un brasero. Solamente de hablar de ello, de la señora y de Lindoro... empiezo á notar un fuego en mis sentidos... Y eso que no soy más que mero espectador.
Ros. (Escucha.) ¡Dios mío! Bartolo viene. ¡Si te viese aquí! Sal por el gabinete del clavicordio y vete de puntillas.
Fig. Estad tranquila. (Aparte.) Este modo de salir me enseña más que todo lo que puede decirme Rosina. (Vase.)

ESCENA III

ROSINA sola

No estoy tranquila hasta que sepa el fin de esta intriga. ¡Qué simpático y qué bueno es Figaro! . (Pausa.) Ahí viene el ogro. (Apaga la bujía, se sienta y coge un bastidor en brazos.)

ESCENA IV

ROSINA y BARTOLO

- Bart.** (Furioso.) ¡Maldito sea! ¡Figaro es un miserable, un bandido, un granuja! No puede uno salir de su casa si quiere tenerla segura.
Ros. ¿Qué pasa?
Bart. ¡Ese pícaro barbero! Que apenas entra me revuelve toda la casa. Le ha dado adormideras al Despabilao y polvos de rapé; á Marcelina la ha sangrado en un pié y á la

mula ciega la ha puesto una cataplasma en los ojos. Me debe cien escudos y no quiere más que justificar salarios. ¡Que se quede con ellos! Y claro, ningún criado puede estar en la antesala. Se llega hasta tu cuarto como á la Plaza de Armas.

Ros. ¿Y quién va á pensar en entrar aquí?

Bart. No sé. ¡Hombre precavido vale por dos! Sevilla está llena de gente maleante. Ya viste esta mañana. En el tiempo que yo tardé en bajar por tu canción se la habían llevado.

Ros. Dais demasiada importancia á lo de la canción. Sería el viento... alguno que pasó... ¡Quién sabe!

Bart. El viento, sí, sí. Uno que pasó... Si tal, no hacía viento, ni pasó nadie. Sería más bien alguno que estaría apostado para recoger los papeles que alguna mujer dejara caer como por casualidad.

Ros. ¿Cómo por casualidad?

Bart. Sí, señora... por casualidad.

Ros. (Aparte.) ¡Este zorro de Bartolo!

Bart. Pero ni por casualidad se podrán caer porque voy á clavar la celosía.

Ros. Mejor sería tapiar la ventana. Entre una cárcel y una mazmorra hay tan poca diferencia...

Bart. Para los que están en la parte de afuera ninguna diferencia. (Pausa.) ¿Ha entrado aquí Fígaro?

Ros. ¿También Fígaro le da celos á mi tutor?

Bart. (Desabridamente.) Lo mismo que otro cualquiera.

Ros. ¡Qué manera de contestar!

Bart. Fiándome de todos, tendría en mi casa una mujer que me engañara, los criados para que la ayuden á engañarme y unos amigos para que publicaran el engaño.

Ros. No creáis, don Bartolo, que yo sea bastante fuerte para resistir á la seducción de Fígaro.

Bart. Para las mujeres el hombre no tiene excepción.

Ros. Si con solo ser hombres me gustan todos, ¿cómo me desagradáis tanto?

Bart. ¿Y por qué evitas con astucia contestarme á lo que te he preguntado acerca de Fígaro?

Ros. Pues sí que ha entrado y he hablado con él. Yo no oculto nada... y lo he encontrado sumamente simpático. (Aparte.) ¡Morirá de envidia! (Vase.)

ESCENA V

BARTOLO furioso

¡Perros judíos de lacayos! ¡Hola, Despabilao!
¡Malditos sean todos!

ESCENA VI

BARTOLO y DESPABILAO

Desp. (Entra bostezando.) Ah... ah...
Bart. ¿Donde estabas y cómo estabas cuando el barbero entró aquí?
Desp. Yo estaba... ah... (Bosteza.)
Bart. Estarías haciendo picardías y se te escapó.
Desp. Pero si ha salido Fígaro hablando conmigo; yo le pregunté si estaba malo... y me ha encontrado bastante malo... y debe ser verdad porque ahora me duele todo el cuerpo. Pero al ha... (Bosteza.) esto ha... (Bosteza.) blar...
Bart. (Remedando el bostezo.) Solo el oírlo hablar. ¿Por qué has tomado ninguna medicina sin mi consentimiento? ¿Y si es alguna broma de Fígaro? ¿Ha entrado alguien en el cuarto de Rosina?
Desp. (Estornuda.) ¡Atchis!
Bart. ¿Qué haces?
Desp. Estornudar; llevo más de cincuenta veces, cincuenta veces en un minuto. (Estornuda)
Estoy rendido.
Bart. Yo pregunté si había entrado alguien en el cuarto de Rosina y no me contestáis al momento que había entrado el barbero.
Desp. (Bosteza.) Fígaro no es nadie. (Bosteza.)
Bart. Tú eres un pícaro y te entiendes con él.
Desp. (Llorando grotescamente.) Que yo me entiendo con él; (Estornuda.) Eso es una injusticia.
Bart. Injusticia. ¡Como que voy á hacer justicia

para vosotros; yo soy el amo y tengo siempre razón!

Desp. (Estornuda.) Pero cuando una cosa sea verdad.

Bart. Cuando una cosa es verdad. ¡Si yo lo que quiero es que no sea verdad! Si yo quiero, pillastre, que sea mentira; aviados estaríamos si los bellacos tuvieran razón alguna vez ¡Qué sería entonces de la autoridad!

Desp. (Estornuda.) Si me diera el señor licencia para marcharme... Para servir mal quiero mejor no servir. A mí no me conviene que me trate el señor como á un pillito; yo soy un hombre de bien.

Bart. ¿Dónde está el hombre de bien? Estornuda en mi misma cara, bosteza delante de mis narices.

Desp. Si no fuera por la señorita no sería posible vivir en esta casa. (Estornudando, vase.)

ESCENA VII

BARTOLO y DON BASILIO; FÍGARO

Bart. (Al medio mutis) Hola, don Basilio; ¿venís á dar á Rosina la lección de música?

Bas. Hay tiempo después.

Bart. Ha ido á vuestra casa y no estabais en ella.

Bas. Salí á cumplir los encargos. Y por cierto que tengo malas noticias.

Bart. ¿Para vos?

Bas. No, para vos. Alnaviva está en Sevilla.

Bart. Hable bajo, por Dios. ¿El que seguía á Rosina en Madrid?

Bas. Vive en la Plaza Grande y todos los días se disfraza para salir.

Bart. ¡No cabe duda! Ese hombre me amarga la vida! ¿Qué creéis que po triamos hacer?

Bas. Si fuera un cualquiera se le podría echar de Sevilla.

Bart. Disponiendo una celada para atracarlo por la noche. Habría que ir con armas y sobre todo con una coraza.

Bas. ¡Bone Deus! Eso sería comprometerse, em- prender un mal negocio. De ningún modo.

- Hay un medio contra Alnaviva: calumniar. *Concedo.*
- Bart.** Buena manera de deshacerse de un hombre.
- Bas.** La calumnia, don Bartolo. La calumnia es el gran procedimiento; he visto á muchas personas decentes, casi á punto de morir de pesadumbre á causa de la calumnia. ¿Hay nada más fácil que calumniar con tanto desocupado como anda por ahí? La calumnia, don Bartolo. ¡Tenemos en Sevilla gente de tanta habilidad para la maledicencial Primero será un rumor que se baja hasta el suelo como la golondrina que presagia lluvia. A tono *pianissimo*. Corre y es un murmullo. Se siembra el veneno. Algunos labios, *piano, piano*, empiezan á recogerlo y lo van deslizado al oído de su amigo. El mal está en marcha y camina, *rinforzando*, y de boca en boca salta el diablo. Y después sin saber cómo, véis la calumnia agrandarse, alargarse, engordar y alzarse dando silbidos y crecer á ojos vistas. Se levanta luego y vuela, mariposea, envuelve, arranca, arrastra y estalla, y truena y atruena, por castigo de Dios, un clamor general, un *crescendo*, la *vox populi*, *chorus* universal, de envidia y de infamia. (Transición.) El demonio no la resistiría.
- Bart.** ¿Pero qué lío estáis armando, don Basilio? ¿Qué relación tiene ese *piano* y ese *crescendo* con mi situación?
- Bas.** ¿Cómo qué relación? Lo que se hace siempre, don Bartolo. El que lucha evita que el enemigo se aproxime. Hay que evitar que el nuestro se acerque á esta casa.
- Bart.** ¿Acercarse? Pero si yo lo que quiero es casarme con Rosina antes de que sepa que el conde ha venido á Sevilla.
- Bas.** Entonces no se puede perder un instante.
- Bart.** Os he encargado de todo.
- Bas.** Es verdad. Pero me habéis encargado también cierta parsimonia en los gastos. En buena ley un matrimonio desigual, una iniquidad, un atropello tienen que allanarse por la fuerza del dinero. ¿Cómo se va á arreglar nada sin dinero?

- Bart.** Al cabo habrá que pasar por lo que queráis.
(Le da dinero.) Pero por Dios, acabemos cuanto antes.
- Bas.** Esto es hablar. Mañana estará todo listo. Debéis ahora impedir que ninguno hable con Rosina.
- Bart.** Estad tranquilo. ¿Vendréis á la noche?
- Bas.** No podré venir. Los preparativos de la boda me ocuparán el día. No podré venir. (Bartolo va con él hasta el mutis.)
- Bart.** Adiós.
- Bas.** ¡' or Dios, no salgais al patio, doctor!
- Bart.** Quiero cerrar bien la puerta cuando os vayais. (Salen.)

ESCENA IX

FÍGARO, solo

¡Poca precaución, don Bartolo! Cierra, bobo; cierra la puerta de la calle; yo cuando salga se la abriré al Conde. ¡Qué tunante es Basilio! Menos mal que es tonto. Lo que dice es verdad, solo que hace falta una posición, un nombre, una grandeza en el mundo para herir con la calumnia. ¿Quién va á dar crédito á don Basilio?

ESCENA X

ROSINA y FÍGARO

- Ros.** ¿Todavía estás aquí?
- Fíg.** Aquí estoy... por fortuna para la señora. El tutor y don Basilio han hablado con el corazón en la mano.
- Ros.** ¿Y lo has oído tú? ¿No sabes que eso está muy mal?
- Fíg.** ¿Que está mal escuchar? Pues no hay otra manera cuando se quiere oír bien. Sabéis que vuestro tutor piensa casarse mañana con su pupila.

- Ros. ¡Dios mío!
Fig. Pero no hay miedo. Le daremos tanto que hacer que no tendrá tiempo de casarse.
Ros. Ahí viene ya. Salte corriendo por la escalera de servicio... Me da miedo de verte aquí.
(Vase Figaro.)

ESCENA XI

ROSINA y BARTOLO

- Ros. ¿Hablabais con alguno aquí?
Bart. Con don Basilio. Lo he acompañado á la puerta. Quizás hubieras preferido que fuese Figaro quien me hablara.
Ros. Me es igual.
Bart. ¿Qué cosa tan urgente tenía que decirte el barbero?
Ros. ¿Lo preguntais para que diga la verdad? Me hablaba de la salud de Marcelina. ¡La pobre está muy mala!
Bart. Y además te habrá traído alguna carta.
Ros. ¿De quién?
Bart. ¡De quién! De ese á quien las mujeres nunca nombran. La respuesta quizás del papel de la celosía.
Ros. (Aparte.) Nada se le escapa. (Alto.) Tendrías bien merecido que fuera verdad.
Bart. (Mirando las manos de Rosina.) Aquí está la prueba. ¡Has estado escribiendo!
Ros. Sería demasiado que quiserais acorralarme...
Bart. Yo, no por Dios. Pero tienes los dedos llenos de tinta. ¡Astucia, Rosina, astucia!
Ros. (Aparte.) ¡Maldito Bartolo!
Bart. Una mujer se cree segura porque esté sola.
Ros. Y es indudable. Pero queda la prueba... el indicio. Dejadme, me haceis daño. Me quemé la mano al encender la bujía y metí los dedos en el tintero
Bart. ¿Conque es eso lo que has hecho? ¿Y si viniera otro testigo á afirmar lo que yo he dicho? ¿lo creerías? El testigo: este cuaderno de papel. Aquí había seis hojas. Todas las mañanas las cuento... y hoy también.
Ros. (Aparte.) ¡Qué estúpido! (Alto.) La sexta...

- Bart.** (Contando.) Tres, cuatro, cinco... ¿dónde está la sexta?
- Ros.** (Asustada.) La sexta me ha servido para hacer un cucurucho de papel para enviárselo á la niña de Figaro con caramelos.
- Bart.** ¿Conque á la pequeña de Figaro, eh? ¿Y la pluma que estaba nueva, cómo es que ahora está usada? ¿Ha sido para poner las señas de la hija de Figaro?
- Ros.** (Aparte.) ¡Este hombre tiene unas aptitudes para los celos!... (Alto) Me ha servido para dibujar una flor de la chupa que estoy bordando para regalársela.
- Bart.** Todo esto es muy edificante. Para decir mentiras unas después de otras hace falta no ponerse colorada... Tú no sabes todavía...
- Ros.** ¿Y quién no se pone colorada de oír cómo interpretáis las cosas más inocentes del mundo?
- Bart.** Desde luego no tengo razón; quemarse los dedos, meterlos en el tintero, hacer cucuruchos para la hija de Figaro, dibujar en mi chupa una rosa... todo eso es muy inocente. ¡Cuántas mentiras para ocultar un solo hecho! (Remedando á Rosina.) Estoy sola, nadie me ve, puedo mentir á mi gusto. Pero la tinta de los dedos, la pluma, el papel que falta te venden... no se puede acudir á todas partes. Cuando yo salga á la calle y dé una vuelta por la ciudad me enteraré de todo.

ESCENA XII

DICHOS y el CONDE DE ALMAVIVA, de uniforme de caballería fingiéndose borracho y cantando

- Bart.** ¿Eh, un hombre? ¿Un soldado? ¿Qué quiere? ¡Anda á tu cuarto, Rosina! (Almaviva entra y va hacia Rosina.)
- Alm.** ¿Cuál de los dos señores se llama el doctor Bártulo? (Aparte á Rosina.) Soy Lindoro.
- Bart.** Bártolo, me llamo Bártolo.
- Ros.** (Aparte.) ¡Dice que es Lindoro!

- Alm.** Bártulo. Se trata solamente de saber cuál de los dos... (A Rosina enseñándola un papel.) Tome usted esta carta.
- Bart.** ¿Cómo, cuál? ¿No veis que soy yo? Entra, Rosina, entra. Este hombre viene harto de vino.
- Ros.** No quiero que os quedeis solo con el borracho. Una mujer puede defenderos.
- Bart.** Entra, entra, que no me da miedo.

ESCENA XIII

EL CONDE DE ALMAVIVA y BARTOLO

- Alm.** Os he reconocido á primera vista por vuestra filiación.
- Bart.** (Al verlo entregar la carta.) ¿Qué guardais en vuestros bolsillos?
- Alm.** Precisamente lo guardo para que no podais saber lo que es.
- Bart.** ¡Qué deciais de mi filiación! ¡Esta gente cree que siempre está tratando con soldados!
- Alm.** ¿Sería tan difícil hacer vuestra filiación?
(Canta.)
- Bart.** ¿Qué significa esto? ¿Venís á mi casa á insultarme? ¡Fuera de aquí!
- Alm.** ¿Cómo fuera? ¡Qué hombre! ¿Doctor, sabeis leer?
- Bart.** Otra pregunta inconveniente.
- Alm.** No hay que ponerse así, que yo soy tan doctor como vos.
- Bart.** ¡Qué disparate! ¿Cómo es posible?
- Alm.** Yo soy el médico de los caballos del regimiento. Por eso me mandan alojar á casa de un compañero mío.
- Bart.** ¿Quién se atreve á comparar á un veterinario?...
- Alm.** ¡Viva el vino! ¿Es propio de caballeros lo que decís?
- Bart.** ¿Y se puede oír que se desdeñe de tal modo á la medicina, la más útil de las artes?
- Alm.** La más útil para el que la ejerce.
- Bart.** Bien se ve que no hablais más que con caballos.
- Alm.** ¡Hablar á caballos! ¡Por Dios, doctor! ¡Pero

un doctor que tiene talento!... ¿Pero no es mejor? Que el albéitar cura á sus enfermos sin hablar, al revés que el médico que empieza por hablar mucho sin curarlos.

Bart.

¿Sin curarlos?

Alm.

¡Vos lo decís!

Bart.

¿Quién diablos me habrá enviado á este maldito borracho?

Alm.

¡Me estais endilgando unos piropos!...

Bart.

En resumen: ¿qué deseais?

Alm.

(Fingiéndose muy incomodado.) ¿No lo estais viendo?

ESCENA XIV

DICHOS Y ROSINA

Ros.

Señor soldado... No os disgusteis, Bartolo no quiere ofenderos. (A Bartolo.) ¡Por Dios habladle con dulzura. Ved que es un hombre que desvaría.

Alm.

Teneis razón, señorita. Este caballero desvaría, nosotros somos muy razonables. Yo soy un hombre muy cortés y vos sois muy hermosa. He venido á esta casa á entenderme con vos, señorita.

Ros.

¿Y en qué puedo serviros, caballero oficial?

Alm.

Una cosa quiero de vuestra bondad. Si creeis que no hablo claro...

Ros.

Yo procuraré comprenderos...

Alm.

(Mostrándole una carta.) Quiero pasar la noche aquí en esta casa si es posible.

Bart.

¿Eso, y nada más?

Alm.

Nada más. Leed este billete de amor que nuestro aposentador os escribe.

Bart.

Veamos. (Toma la boleta.) El Doctor... (Almaviva cambia los papeles y le da la boleta.) Bartolo recibirá, mantendrá, hospedará y acostará...

Alm.

Ya lo veis, acostará.

Bart.

Por una sola noche al llamado Lindoro, de apodo el Estudiante, del regimiento de...

Ros.

(Alegre.) Es él, es él mismo.

Bart.

(Vivamente.) Hola, Rosina. ¡Qué hay!

Alm.

¿Tengo ó no razón para presentarme? ¡Doc-torcillo!

- Bart.** Este hombre tiene empeño en estropearme todas mis combinaciones. Por vida del diablo. Decid al jefe de alojamientos que el doctor Bartolo consiguió en su último viaje á Madrid, una dispensa de alojar soldados.
- Alm.** ¡Dios mío, qué contratiempo! (Transición.) Necesitaría ver el documento en que se os libre de alojamientos. Aunque yo no sé leer, me basta con verlo.
- Bart.** Lo tengo en mi pupitre. (vase.)
- Alm.** ¡Oh, Rosina amada!
- Ros.** ¿Conque sois Lindoro?
- Alm.** Tomad esta carta.
- Ros.** Cuidado. Que Bartolo nos estará mirando.
- Alm.** Dejad caer el pañuelo y yo tiraré la carta. (Se acerca á Rosina. Rosina tira el pañuelo y Almaviva la carta.)
- Bart.** (saliendo. Cuidado, caballero oficial, á mi mujer no se acerca nadie.
- Alm.** ¿Pero, es vuestra esposa?
- Bart.** Sí, señor. ¿Qué hay?
- Alm.** Yo creo que eráis su abuelo materno, paterno, sempiterno. Le llevais setenta años.
- Bart.** (Leyendo el documento.) «En mérito de los leales é inclitos servicios prestados al Rey y á la nación por el doctor...»
- Alm.** (Dándole un golpe en el pergamino y echándole al aire.) Guardaos esas monsergas.
- Bart.** Si llamo á mis lacayos, vais á salir más que á carrera abierta.
- Alm.** ¡Me amenazáis! La lucha, la batalla, la guerra. ¡Ojalá! Esa es mi diversión. (Enseña una pistola.) Con esto os levanto la tapa de los sesos á cincuenta pasos. (A Rosina.) Señorita, tal vez no halláis visto nunca una batalla.
- Ros.** Ni pienso verla.
- Alm.** Pues nada es tan entretenido y tan gracioso como una batalla. ,Figuraos señorita, (Empujando á Bartolo.) el enemigo está á un lado del río... y los nuestros del otro lado. (Enseñándole la carta. Saca el pañuelo. Escupe en el suelo.) Este es el río. (Rosina lo tira. Almaviva tira la carta.)
- Bart.** (Agachándose.) ¡Hombre! ¡hombre!
- Alm.** (Cogiéndola.) Tomad. (A Bartolo.) Atención que estoy enseñándoos el arte de la estrategia y

de la táctica. Se trata de una señorita aman-
tísima. En el campo de batalla ha caído el
pañuelo de una mujer.

Bart.

Dime, dime.

Alm.

Dulcitor, doctor. Cada loco con su tema. Si
un documento oficial hubiese caído en vues-
tros bolsillos...

Ros.

Yo sí sé lo que es. (Coge la carta.)

Bart.

¿Pero no os íbais?

Alm.

Ya me voy. Y no me voy ofendido gracias
á vuestra merced. Doctor, influid con la
muerte, vuestra amiga, para que no nos
mate. La vida me gusta todavía.

Bart.

No hay cuidado. ¡Si yo tuviera influencia
con la muerte!

Alm.

La halagáis tan continuamente, que no pue-
do negaros nada. (Sale.)

ESCENA XV

ROSINA y BARTOLO

Bart.

(Viéndolo irse.) Por fin se fué. (Aparte.) Disimu-
lo y astucia, doctor.

Ros.

¡Es muy alegre este oficial! A pesar de su
borrachera se ve que es hombre bien edu-
cado.

Bart.

Hija mía, ¿no tienes curiosidad por leer
conmigo el papel que te ha dado?

Ros.

¿Qué papel?

Bart.

El que te dió el oficial.

Ros.

Si era la carta de mi primo que se me ha-
bía caído.

Bart.

Pues yo creía que se había caído del bolsi-
llo de él.

Ros.

¡Pero qué ojos teneis! Yo no me acuerdo si
fué...

Bart.

(Señalando al bolsillo.) La has guardado aquí.

Ros.

¡Estaba distraída! Saca la carta.

Bart.

Dámela, monina, hija mía.

Ros.

¡Qué pesadez, doctor! ¿Desconfiáis de mí?

Bart.

¿Pero, por qué no me la das? Rosina, ¿qué
razón tienes para no enseñármela?

Ros.

Repito que es la carta de mi primo, la que

me entregásteis abierta. Permitidme, doctor, que eso no está bien, que me molesta mucho.

Bart. No entiendo. ¡Yo no toco jamás una carta para ti!

Ros. ¿Abro yo las cartas que vienen para vos? ¿Por qué miráis las mías? Es un abuso de autoridad que me enfa la mucho.

Bart. Nunca me has hablado así.

Ros. Hasta hoy he consentido. Pero no teneis derecho á ofenderme sin que yo proteste.

Bart. ¿Dónde está la ofensa?

Ros. En abrir las cartas antes de que yo las lea.

Bart. Son las de mi esposa.

Ros. Todavía no soy vuestra esposa y ya me distinguís con un trato que no le daríais á otra persona

Bart. Tú quieres con tu ira cambiar de conversación y que no se hable de la carta, que será de algún novio. Pero yo lo veré.

Ros. No la veréis. Si me obligais así, á la fuerza, huiré de esta casa y pediré hospedaje al primero que pase.

Bart. ¡Que no te lo daría!

Ros. ¡Eso lo veríamos!

Bart. Para no tener que verlo cerraré la puerta con llave. (vase.)

Ros. ¿Qué haré? (Aparte.) ¿Dónde esconderé la carta para darla cambiazo? (Cambia la carta.)

Bart. (sale.) Ahora lo veremos.

Ros. ¿Y con qué derecho?

Bart. El mejor derecho, el del más fuerte.

Ros. Antes moriré...

Bart. Señora, señorita.

Ros. (Fingiéndose desmayada.) ¡Qué indignidad!

Bart. Dame la carta ahora mismo.

Ros. ¡Qué desgraciada soy!

Bart. ¿Qué pasa?

Ros. ¡Qué vida más espantosa!

Bart. ¡Rosinal

Ros. ¡La ira me ahoga!

Bart. ¿Te habrás puesto mala?

Ros. Me siento débil, ¡me muero!... (Se desmaya.)

Bart. (Aparte.) La carta, la carta. Ahora es la ocasión sin que lo sepa. (Le coge el pulso, coge la carta de su primo.)

- Ros. (Desmayada.) ¡Qué desgracia!
- Bart. ¡Qué miedo nos da de ver la realidad de lo que queremos saber!
- Ros. ¡Infeliz Rosina!
- Bart. El abusó de los perfumes produce estos desmayos espasmódicos. (Mientras le pulsa, lee. Rosina se levanta y lo mira. Se vuelve á sentar sin fuerzas.) ¡Si es la carta de su primo! ¡Pícaros celos! ¡Como la tranquilizaré! (Luego que la sostiene.) Que no sepa que la he leído. (Le pone la carta en el bolsillo.)
- Ros. (Suspirando.) ¡Ay!
- Bart. No es nada, hija mía; un vapor calenturiento y nada más. El pulso está firme.
- Ros. (Aparte.) Me ha dejado la carta en su sitio.
- Bart. Hija mía, unas gotas de este vinagre.
- Ros. No quiero nada.
- Bart. Comprendo que he sido demasiado severo.
- Ros. ¡Esa manera que empleais para tratar conmigo!...
- Bart. (De rodillas.) Perdón, Rosina, perdón. Aquí estoy dispuesto á devolverte la alegría.
- Ros. Sí, ahora perdón... Cuando creíais que no es de mi primo la carta.
- Bart. Ya no me importa que sea de él ó de otro.
- Ros. (Dándosela) Ya veis, con buenos modos se consigue más de mí.
- Bart. De esa manera disipas mis sospechas, si yo fuera bastante infeliz para tener sospechas.
- Ros. Leed.
- Bart. (Se retira.) No, no. Te ofendería y no quiero ofenderte.
- Ros. Me contraría que no querais leerla.
- Bart. Tengo en tí una confianza absoluta. Voy á ver á Marcelina. Fígaro le ha hecho una sangría en el pié y Marcelina no tiene ninguna enfermedad: pero Fígaro la ha sangrado, ¿no vienes?
- Ros. Ahora subiré.
- Bart. En prenda de paz... dame la mano. ¡Si tú pudieras amarme, yo te haría dichosa!
- Ros. (Bajo.) Si tratárais de gustarme yo quizás os amara.
- Bart. Ya te gustaré, Rosina, ya te gustaré. Cuando yo te digo que te gustaré. (Vase.)

ESCENA XVI

ROSINA, sola

¡Ah, Lindoro! Dice Bartolo que algún día lo amaré. ¿Qué dice la carta? (Lee.) Me dice Lindoro que provoque un disgusto con mi tutor. Y he dejado escapar esta ocasión tan propicia. ¡Si yo lo hubiera sabido! Tiene razón mi tutor. No tengo experiencia del mundo. No sé más que lo que aprendo de él. Sé solamente que la suspicacia del hombre acaba con la inocencia de la mujer. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Una pieza contigua al cuarto de Rosina en casa de Bartolo

ESCENA PRIMERA

DON BARTOLO, solo

¡Dios mío! ¡Qué genio! ¡qué genio! Y parecía tan conforme. ¿Quién diablos le habrá metido en la cabeza que se niegue á dar lecciones con don Basilio? (Pausa. Golpes en la puerta.) Vivir sacrificado para gustarle algún día á una mujer y luego, porque nos falta un pequeño requisito... el más pequeño... (Más golpes.) ¿Quién será?

ESCENA II

BARTOLO y ALMAVIVA que entra en traje de estudiante

- Alm.** La paz y la alegría acompañen siempre á las gentes de esta casa.
- Bart.** (Bruscamente.) Ningún saludo fué jamás tan oportuno como este. Gracias. ¿Qué deseais, joven?
- Alm.** Yo soy Alonso, estoy graduado de bachiller.
- Bart.** No me hace falta preceptor.

- Alm. Soy discípulo de don Basilio, el organista del convento, el que tiene el honor de enseñar á cantar á la señorita Rosina...
- Bart. ¡Don Basilio, el organista, el que tiene el honor!... Ya lo sabía ¿y qué más?
- Alm. (Aparte.) ¡Qué tipo! (Alto.) Don Basilio está enfermo. Una indisposición repentina le obliga á guardar cama.
- Bart. ¿Don Basilio, malo en la cama? Ha hecho bien en mandarme recado. Voy á su casa dentro de un instante.
- Alm. (Aparte.) Demonio. (Alto.) Me he equivocado, doctor, cuando he dicho cama quise decir habitación.
- Bart. Por leve que sea su enfermedad quiero ir á visitarle en seguida.
- Alm. (Turbado.) Escuchad, doctor. Don Basilio me encargó... ¿Puede oírnos alguien?
- Bart. (Aparte.) ¿Será este algún pícaro? (Alto.) No, caballero de los misterios, nadie nos oye... Habiad sin turbación, si es posible.
- Alm. (Aparte.) Viejo maldito. (Alto.) Me encargó don Basilio que os dijera...
- Bart. Hablad más alto que soy un poco sordo.
- Alm. (Gritando.) ¡Con mil amores!... Que el Conde de Almaviva que vivía en la plaza grande...
- Bart. (Turbado.) Hablad un poco más bajo.
- Alm. (A grandes voces,) Fué desahuciado esta mañana. Por mí ha sabido que el Conde de Almaviva...
- Bart. (Turbado.) Bajo, por Dios, hable más bajo.
- Alm. (A gritos.) Estaba en este pueblo y yo supe también que la señorita Rosina le ha enviado una carta.
- Bart. ¿Que le ha escrito? Pero hablad más bajo os lo suplico, ¿qué trabajo os cuesta? (Fino.) Tomad asiento aquí, y hablemos cómo amigos. ¿Conque habeis sabido que Rosina?... (La acción de escribir.)
- Alm. (Con decisión.) Seguramente que don Basilio se llenó de inquietud al saber que se cartearan. Entonces me rogó que viniera á traeros la carta. Pero yo... como tomáis las cosas tan á pecho...
- Bart. (Abatido.) ¡Ay, Dios mío! Tomo las cosas como se deben... tomar. Pero, amigo Alon-

so, ¿no os sería posible habiar un poquito más bajo?

Alm. Me habiais dicho hace un momento que estábais sordo.

Bart. Perdonadme, señor Alonso, porque os haya recibido tan secamente. Pero, ¡ay! me paso la vida entre pícaros é intrigantes... Y por otra parte vuestra fachá, vuestra edad, vuestro aire.. ¡Me equivoqué! Perdoneme, perdóneme... (Transición.) ¿No me dais la carta?

Alm. Gracias á Dios que os poneis en razón... (Pausa.) Temo que estén espiándonos.

Bart. Todos mis criados duermen. Rosina está encerrada, por miedo... El diablo anda suelto en mi casa; sin embargo, voy á ver... (Se va y abre con precaución la puerta del cuarto de Rosina.)

Alm. Yo mismo me he vendido por cobarde. (Reflexionando.) Si ahora me guardo la carta y no se la doy me va á echar. Enseñársela... Enseñar la carta á Bartolo sería un golpe de maestro Si pudiese avisar á Rosina...

Bart. (Vuelve de puntillas.) Está sentada junto á la ventana, de espaldas á la puerta y abismada en la lectura de la carta de su primo el militar que yo ya he leído... Veamos ahora la que me traeis vos

Alm. (Dándose la.) Aquí está. (Aparte.) Rosina está ahora leyendo mi carta.

Bart. (Leyendo.) «Desde que me habeis dicho vuestro nombre y vuestra intención...» (Da un grito.)

¡Ah, pícaro, es de su puño y letra!

Alm. ¡Hablad más bajo!

¿Y á santo de qué, amigo Alonso?

Alm. Después sereis dueño de gritar... Cuando acabe don Basilio la gestión que le habeis encomendado.

Bart. ¿Será para un casamiento?

Alm. ¡Ya lo sabía! Me encargó que os dijera que todo estará dispuesto para mañana. Y, entonces, si ella se resiste.

Bart. ¡Que se resistirá!...

Alm. (Alargando la mano para coger la carta y Bartolo la esconde.) En ese momento es cuando podía servir este recurso. Enseñaremos á Rosina

su carta y si fuese preciso... (Con misterio.) diremos que me la dió una mujer á quien el Conde ama y con quien burla cruelmente á la pobre niña ¿No creéis que la vergüenza y el despecho pueden hacerla que se conforme á todo lo que se le diga?

Bart. (Riendo.) La calumnia.. Amigo Alonso, ahora conozco que sois discípulo de don Basilio. Y para realizar todo este plan, ¿no será mejor que Rosina conozca á mi amigo Alonso?

Alm. (Reprimiendo la alegría.) Eso pensaba don Basilio. Pero ya es muy tarde y ¡queda tan poco tiempo!

Bart. Le diré que venís en vez de don Basilio. ¿No sabríais darle la lección?

Alm. No hay cosa que yo no intente por serviros. Pero vayamos con cuidado que todas estas historias de falsos maestros son recursos viejos al uso de las comedias; ¿no sospecharía ella?

Bart. Siendo vos presentado por mí, se cubren todas las apariencias. Verdad es que teneis más facha de novio que de amigo del tutor...

Alm. ¿No creéis que mi facha puede facilitar el engaño?

Bart. El más travieso no lo adivinaría. Esta noche está Rosina de mal talante. Pero apenas os vea.. El clave está en esta otra pieza. Entreteneos en tocarlo mientras viene. Voy por ella.

Alm. No le habéis todavía de la carta.

Bart. El recurso de la carta no se puede emplear más que en el momento oportuno. Antes no tendría gracia. Con una vez que me digais las cosas... Con una vez que me las digais... basta.

ESCENA III

ALMAVIVA, solo

Estoy salvado... ¡Qué difícil de manejar es este diablo de viejo! Figaro lo conoce bien. Cuando estaba hablando con él consideraba

yo el papel de pícaro que estaba representando. Estuve á punto de echarlo todo á rodar, porque me veía en un terreno falso Sin la idea que se me ocurrió de darla la carta, no hubiese hecho más que tonterías (Se oye un rumor.) Ahí dentro están disputando. Si Rosina se negara redondamente á venir., ¿Qué dirán? (Escucha.) La pupila se resiste á salir. Si no viene y hablo con ella, he perdido el tiempo y lo hecho no me sirve de nada. (Escucha otra vez.) Ahí están... que no me vean. (Se va.)

ESCENA IV

ALMAVIVA, ROSINA y BARTOLO

- Ros.** (Malhumorada.) Todo lo que me digais será inútil, don Bartolo. Estoy resuelta. No quiero volver á oír hablar de música.
- Bart.** Pero oye, Rosina, hija mía. Es el señor, además, discípulo y amigo de don Basilio y está convidado para testigo de nuestra boda. Ven, la música te distraerá.
- Ros.** No quiero cantar esta noche ni cantar nunca más. ¿Dónde está el maestro? ¿No lo quereis despedir? En dos palabras le despediré y despediré á don Basilio. (Rosina ve á Almoviva.) ¡Ah! (Queda traspuesta.)
- Bart.** ¿Qué tienes, Rosina?
- Ros.** (Con las manos en el pecho.) ¡Ay, Dios mío!... (A Bartolo.) Nada. ¡Ay, Dios mío!
- Bart.** (A Almoviva.) Está un poco mala, señor Alonso)
- Ros.** Ya estoy bien... Fué que al volverme... ¡Ay!...
- Alm.** Es que se le ha torcido un pie.
- Ros.** Eso es... el pie que se me ha torcido... me dolió muchísimo.
- Alm.** Yo lo ví cuando no podía evitarlo.
- Ros.** (A Almoviva.) El golpe me ha llegado al corazón.
- Bart.** ¡Una silla! ¡una silla! No. Aquí hay un sillón. (Vase.)
- Alm.** Rosina mía.

- Ros. ¡Qué imprudencia!
Alm. Tengo cosas importantes que deciros.
Ros. No podemos quedarnos solos un momento.
Alm. Figaro va á venir á ayudarnos.
Bart. (Trayendo un sillón.) Toma, monina, siéntate. (Se sienta Rosina. A Almaviva.) Que dé hoy la lección por cumplir, por no desairar al señor Alonso, y otro día será otra cosa. Adiós.
- Ros. (A Almaviva.) No se va Escucha! Ya me duele menos. (A Bartolo que vuelve.) He estado muy exagerada y quiero desagraviaros del susto que os dí hace un momento.
- Bart. ¡Qué buena eres, Rosina! ¡Todas las mujeres son buenas! Pero has sufrido antes una emoción muy honda y no te dejaré que te esfuerces en lo más mínimo. Adiós, Rosina. Adiós, Bachiller.
- Ros. (A Almaviva.) Tendremos un momento libre. (A Bartolo.) Ya sé, tutor, que no os agradaría que me esforzase... pero quiero complaceros demostrándoos que soy una muchacha aplicada dando la lección.
- Alm. (A Bartolo.) No conviene contrariarla.
Bart. En fin, monina. No quiero más que darte gusto. Estudia y da la lección; yo me quedo aquí para acompañarte todo el tiempo.
- Ros. No, por Dios. ¡Si sé que no os gusta la música!
- Bart. La música me parece esta noche una delicia.
- Ros. (A Almaviva. Aparte.) ¡Qué suplicio!
Alm. (Tomando un papel de música que hay sobre el clave.) ¿Es esto lo que quereis cantar?
Ros. Sí. Es una pieza muy bonita. Se titula *La inútil precaución*.
Bart. ¿Siempre vas á cantar *La inútil precaución*?
Alm. Es la última novedad. Es una descripción de la *Primavera*. Una obra picaresca y alegre. Cuando quiera la señorita.
- Ros. (A Almaviva.) Canto con mucho gusto. La primavera nos sonríe. Es la juventud del año. Al salir del invierno el corazón recibe un baño de luz y de alegría. Es un cautivo, largo tiempo encerrado, que goza por fin de la libertad.
- Bart. (A Almaviva. Bajo.) ¡Siempre tan romántica!

- Alm.** ¿Y sabéis la causa de su romanticismo?
- Bart.** ¡Yo qué diablos sé! (Va á sentarse donde estaba Rosina. Bartolo, al sentarse, se queda dormido. El Conde cuchichea con Rosina y le besa la mano. Bartolo despierta.)
- Bart.** (Bostezando.) Creo que he dormido un ratito durante el concierto. Claro... trabajo tanto. Los enfermos no me dejan vivir. Arriba, abajo, á un lado, á otro... Como una peonza. Todo el día de Dios así y luego en cuanto me siento, las piernas... (Se levanta.)
- Ros.** (A Almaviva Bajo.) Tarda mucho Fígaro.
- Alm.** Es temprano todavía.
- Bart.** Oid, señor Bachiller. Para cuando Rosina dé la lección. ¿No sería mejor enseñar á Rosina cosas más alegres? Todo lo que sabe es cosa de ¡ahahah!, ¡ohohoh!; música por todo lo alto, que á mí me parece cosa de entierro. Sería más propio enseñarla aquellas tonadillas que se cantaban en mi juventud. (Se rasca la cabeza como recordando y canta luego chasqueando los dedos y bailando con las piernas dobladas.)
- Alm.** ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Está bien, don Bartolo.

ESCENA V

DICHOS y FÍGARO

- Bart.** (Cantando. Fígaro entra en el baile remedándolo. Bartolo lo ve en una vuelta.) Adelante, rapabarbas. Eres un guapo chico.
- Fíg.** Mi madre me decía eso hace mucho tiempo. Pero desde entonces acá me he desfigurado bastante. (A Almaviva.) Bravo, señor Conde. (Almaviva no cesa de intentar hablar con Rosina. Pero Bartolo no le pierde de vista. Se tendrá en cuenta este movimiento escénico.)
- Bart.** ¿Vienes á purgar, sangrar, medicinar y meter en cama á la gente de mi casa?
- Fíg.** Caballero, no todos los días son fiesta. Pero sin contar el trajín de todos los días, el doctor ha podido observar que cuando son necesarios mis servicios no espero á que me lo manden.

- Bart. Tú no esperas. ¿Pero qué dirías, joven amable, á un hombre que hace una hora que ronca despierto y á otro que está estornudando hace tres horas y á punto de echar el bofe? ¿Qué le diría usted?
- Fig. ¿Qué le diría?
- Bart. Sí, como curandero y cirujano.
- Fig. Yo, al que estornuda, le diría Jesús, María y José, y al que bosteza le diría ¡vete y acuéstate! Estos serían los remedios que les gustarían más.
- Bart. No lo creo. Serían los más agradables, pero no los mejores. Oye, Figaro. ¿Ha sido también por servirme por lo que has puesto una cataplasma en los ojos á mi mula para que con el remedio recobre la vista?
- Fig. Si no la recobra, no la perderá, porque está ciega.
- Bart. Ya comprendo. Pero te advierto que no se puede ser tan extravagante.
- Fig. ¿Y por qué no? Los hombres no pueden escoger entre la tontería y la locura. . . A mí me daría lo mismo. Pero mientras me decido... hay que pasar el rato lo mejor que uno pueda. ¡Quién sabe dónde estaremos el año que viene!
- Bart. Por si acaso lo que debes hacer es pagarme los cien escudos que me debes, con intereses y todo.
- Fig. ¿Dudáis de mi formalidad? Los cien escudos están seguros. Estoy dispuesto á confesar toda mi vida que os debo cien escudos. Jamás daré motivo para que penséis que digo que no os debo nada.
- Bart. ¡Muy bien! Y dime, Figaro; ¿le han subido á tu hija los caramelos?
- Fig. (¡Cómo caramelos!) ¿Qué está usted diciendo?
- Bart. Sí, señor. Los caramelos, que estaban dentro de un cucurucho hecho con el pliego de una carta... esta mañana.
- Fig. ¿Esta mañana? ¿En una carta? No lo entiendo.
- Ros. Yo se los envié esta mañana. Le encargué muchas veces que dijese que iban de mi parte.

- Fíg.** (Confuso.) ¡Es verdad! ¡Qué tonto soy! No me acordaba. ¡Riquísimos, riquísimos!
- Bart.** ¿Conque riquísimos? Fígaro, piensa en el papel que estás haciendo.
- Fíg.** ¿Pues qué sucede?
- Bart.** Que vas á adquirir reputación muy estimable.
- Fíg.** Y sabré sostenerla brillantemente, señor Bartolo
- Bart.** Mejor dicho estaría que la soportará, señor Fígaro.
- Fíg.** Como queráis, señor Bartolo.
- Bart.** Señor Fígaro, cuando discuto con un fatuo no cedo jamás.
- Fíg.** (Vuelto de espaldas.) En eso se distingue el doctor del barbero. Cuando discuto con un fatuo yo cedo siempre. Tenéis razón, doctor.
- Bart.** ¿Estáis oyendo, bachiller?
- Fíg.** Don Bartolo cree que yo soy un barbero cualquiera que no sabe más que poner sanguijuelas. Pues no señor, yo he sido escritor en Madrid, y si no hubiese sido por los envidiosos...
- Bart.** ¿Y al volver á Sevilla, por qué cambiaste de oficio?
- Fíg.** Cada uno hace lo que puede. Pónganse en mi lugar.
- Bart.** Si yo me pusiera en tu lugar diría muchas tonterías. (Almaviva abraza á Rosina.)
- Fíg.** Pues parece que estáis en mi lugar. Os remito á vuestro cofrade porque estais desvariando.
- Alm.** ¿Yo? Si yo no soy cofrade del doctor Bartolo.
- Fíg.** ¿No? pues francamente, al veros *auscultando*, he creído que érais médico.
- Bart.** (Rie.) Bueno. Y ahora, ¿qué vienes á hacer aquí? ¿Hay alguna carta que entregar esta noche á Rosina? Dime... ¿quieres que me vaya?
- Fíg.** Qué mal tratáis á vuestros amigos. Vengo á afeitáros, que os toca hoy.
- Bart.** Ahora no; vuelve, vuelve mañana.
- Fíg.** Sí, sí, volver... Toda la guarnición se afeita mañana; y yo he obtenido la peluquería del ejército gracias á mis padrinos. Mañana no

- tendré tiempo de volver. Si queréis ir mañana á mi casa...
- Bart.** No, señor Fígaro, no puedo ir á su casa. Pero ¿quién me impide que me afeite aquí?
- Ros.** Vos que sois tan comedido, ¿por qué no lo sois en mi cuarto?
- Bart.** ¿Te incomodo, monina? Vas á acabar de dar tu lección. Quiero afeitarme aquí para no dejar de escucharte un momento. ¡Me gusta tanto!
- Fig.** (A Almaziva.) No me lo puedo llevar. (Alto.) Vamos, don Bartolo... Que traigan del establecimiento, la bacía, el agua, todo lo que hace falta al señor.
- Bart.** Los criados estaban cansados, molidos. Les mandé á acostarse.
- Fig.** Yo lo traeré todo. (A don Bartolo.) ¿Dónde lo llevo, á vuestro cuarto? (Al Conde.) Me lo llevo, me lo llevo.
- Bart.** Ten tú cuidado con ellos, hazme el favor. No las tengo aquí. (Se registra los bolsillos, buscando las llaves.)

ESCENA VI

FÍGARO, ROSINA Y ALMAVIVA

- Fig.** ¡Qué lástima que este golpe nos haya fallado. Iba á darme las llaves y no las tenía ahí...
- Ros.** Es la más nueva de todas las que tiene.

ESCENA VII

DICHOS y DON BARTOLO

- Bart.** (Sale.) Qué disparate he hecho con dejar solo con Rosina á este picaro barbero. (A Fígaro.) Toma. (Dándoselo.) En mi despacho debajo de la mesa Pero no toques á nada.
- Fig.** ¡Vaya por Dios y qué desconfiado es vuesa merced! (Al irse.) Dios protege á la inocencia.

ESCENA VIII

ROSINA, ALMAVIVA y DON BARTOLO

- Bart.** (Bajo á Almariva.) Este es el que ha traído la carta. (Por Figaro.)
- Alm.** Tiene todo el empaque de un truhán.
- Bart.** No me volverá á engañar.
- Alm.** Lo más importante está ya conseguido.
- Bart.** Mejor sería mandarlo á mi cuarto y no dejarlo con Rosina.
- Alm.** De todo lo que han hablado he ido enterándome.
- Ros.** Es muy fea la costumbre de hablar en secreto. Me aburro. No damos la lección. (Se oye dentro un ruido de vajilla que se rompe.)
- Bart.** ¿Qué es lo que escucho? Ese tunante de barbero ha derribado mi botiquín. (Vase corriendo.)

ESCENA IX

ROSINA y ALMAVIVA

- Alm.** Aprovechemos la ocasión que Figaro nos proporciona. Necesito hablar con vos un momento para convenir los medios de librarla del lazo que Bartolo prepara contra ambos.
- Ros.** ¡Lindoro mío!
- Alm.** Si me dais permiso entraré por la ventana. De lo que me decís en la carta, os diré que me ví obligado... no tuve otro remedio.

ESCENA X

DICHOS y DON BARTOLO. Luego FIGARO

- Bart.** (Entra refunfuñando.) Como pensaba, todo por el suelo hecho añicos.
- Fig.** ¡Qué desgracia tan grande! No se ve gota en la escalera; (Enseña la llave al Conde.) al subir me he enganchado en la llave.

- Bart.** Por no hacer las cosas con cuidado. ¿A quién se le ocurre engancharse en una llave? ¡Torpe!...
- Fig.** ¿Torpe? ¡Buscad otro más listo!

ESCENA XI

DICHOS y DON BASILIO

- Ros.** (Aparte.) ¡Don Basilio!
- Alm.** (Aparte.) ¡Bendito sea Dios!
- Fig.** (Aparte.) ¡El diablo en persona!
- Bart.** (A su encuentro.) Bienvenido, don Basilio. ¿Cómo está su merced? ¿Está ya bien mi señor don Basilio? El señor Alonso me asustó hablándome de la enfermedad de su señoría. Ya me disponía á ir á vuestra casa, me entretuve...
- Bas.** (¿El señor Alonso?)
- Fig.** (Dándole con el pie.) Este nos lleva al atolladero. ¡Viejo verdel!
- Bas.** (Mirando á todos.) Vuestras señorías me harán el favor de decirme...
- Fig.** Hablarán cuando yo me vaya...
- Bas.** Pero, bueno... será preciso.
- Alm.** Será preciso que calle su merced. ¿Vais á enseñar al doctor algo de enfermedades que él ya no sepa? Yo he cumplido vuestro encargo de venir á dar á Rosina lección de música en vez de vuestra merced.
- Bas.** ¡El señor Alonso dando lecciones en vez de mi merced!
- Ros.** (Aparte.) Callad, don Basilio.
- Bas.** ¿Tú también?
- Alm.** (A Bartolo.) Conviene que digais á Basilio que todos estamos de acuerdo en lo que él quería.
- Bart.** (Aparte.) No preguntéis más. No desmintáis al señor Alonso. Decid que es vuestro discípulo amado.
- Bas.** ¡Como gustéis!
- Bart.** (Alto.) Es muy inteligente vuestro discípulo.
- Bas.** ¿Qué discípulo? (Aparte á Bartolo.) He venido á decirlos que el conde... voló.

- Bart.** Ya lo sé... ¡Callad ahora!
- Bas.** (Bajo.) ¿Quién lo ha dicho.
- Bart.** (Aparte.) El mismo.
- Alm.** (Bajo.) Yo lo he dicho. Escuchad. (A Bartolo.)
- Ros.** (Bajo á Basilio.) ¿No habrá medio de que no habléis?
- Fíg.** (Bajo á Basilio.) ¡Atrevido!... Está sordo...
- Bas.** (Aparte.) ¿Qué habrán tramado estos? ¡Cómo todos están en el secreto!...
- Bart.** (Alto.) Bien, Basilio, bien. ¿Y el Notario?
- Fíg.** En toda la noche bien podéis hablar con Basilio de su notario.
- Bart.** Una pregunta nada más. ¿El notario es un buen notario?
- Bas.** Un magnífico notario.
- Alm.** (A Bartolo.) No habléis de eso delante de Rosina. ¡Dejadlo!
- Bart.** (A Almaviva.) Es verdad, si no peligro. (A don Basilio.) ¿Y qué enfermedad repentina nos ha privado del placer...?
- Bas.** (Enfadado.) No comprendo nada.
- Alm.** (Le da dinero.) El doctor Bartolo pregunta por qué no le cuidamos si está enfermo vuestra señora.
- Fíg.** ¡Como tiene la cara de un cadáver!
- Bas.** (Le habla Almaviva al oído y le da una bolsa.) ¡Ahora lo comprendo todo!
- Alm.** Idos á la cama, don Basilio. Estais enfermo y sería una desgracia que os sintiérais peor. Idos, idos, por Dios, y acostaos.
- Fíg.** Está demudado. Tiene muy mala cara.
- Bart.** Desde aquí se siente el calor de la fiebre. Idos, don Basilio, á reposar.
- Ros.** ¿Pero por qué habéis salido á la calle? Eso se cura fácilmente. Idos á acostar.
- Bas.** (Asombrado.) ¡Qué empeño muestran vuestras mercedes! Queréis que vaya á acostarme.
- Todos** ¡A acostarse, don Basilio!
- Bas.** (A todos.) Yo también creo que lo mejor es que me vaya. (Aparte.) Aquí sucede algo.
- Bart.** Hasta mañana, don Basilio. Cuidaos, por Dios.
- Alm.** (A Basilio.) Mañana temprano iré á visitar á su merced.
- Fíg.** Acostaos, abrigaos, cuidaos, que esa enfermedad que sufrís puede ser gravísima.

- Ros. Buenas noches, don Basilio.
Bas. (Aparte.) Que me cuide, que me abrigue, que me acueste. Ahora no comprendo nada. La enfermedad la llevo en esta bolsa.
Todos Buenas noches, don Basilio.
Bas. Bien, bien... pues... buenas noches. (Todos le acompañan.)

ESCENA XII

TODOS menos BASILIO

- Bart. Este don Basilio está tan delicaducho ..
Ros. Se le conoce en los ojos.
Alm. Le hará daño dormir poco.
Fig. Y hablaba sólo... debe de estar gravísimo. ¡Lo que somos! ¡qué pena! (A Bartolo.) ¿Estáis dispuesto? (Le lleva á un sofá lejos de Almaviva.)
Alm. Tengo que advertiros, Rosina, que de la lección de música... (La habla al oído.)
Bart. Pero quitate de delante, Figaro, que no los veo. ¿O lo haces adrede?
Alm. Tengo la llave de la celosía. Entraré antes de medianoche.
Fig. (Saca el paño para afeitarse á Bartolo.) ¿Y para qué quiere su señoría ver? Si fuera una lección de baile... pero si es de canto.
Bart. (A Figaro, que se lleva la mano á los ojos.) ¿Qué es eso?
Fig. Una mota que me ha entrado en el ojo.
Bart. No te restriegues.
Fig. Es aquí, en el izquierdo... ¿quiere vuestra merced... soplarme?
Bart. (Coge á Figaro la cabeza y mira a Rosina, lo empuja y va cerca de los amantes. Escucha.)
Alm. Ya habéis visto que no ha sido difícil permanecer aquí...
Fig. (Desde lejos.) Ejem, ejem.
Alm. ...viendo que mi disfraz podría fallar y saber Bartolo quién era yo.
Bart. (Entre ambos.) ¡El disfraz ha sido inútil! Yo...
Ros. ¡Ah!
Bart. Bueno, Rosina... no te asustes. Ante mi vis-

ta, en mis propias narices te atreves á ultrajarme así.

Alm. ¿Pero qué pasa?

Bart. Señor Alonso, sois un villano.

Alm. Señor Bartolo, si siente vuestra merced muy á menudo esas rarezas de que he sido testigo, comprendo que Rosina tema y huya de vos.

Ros. Yo no soy ni seré su esposa. No quiero consumir mi vida junto á ese viejo celoso que me brinda la esclavitud y la tiranía.

Bart. ¿Qué es lo que dices?

Ros. Lo que estáis oyendo. Daré mi mano y mi amor á aquel que me arranque de esta prisión donde vivo contra la humanidad y la ley. (Vase.)

ESCENA XIII

BARTOLO, FÍGARO, ALMAVIVA

Bart. La ira me ahoga. Esta Rosina...

Alm. Tiene razón. Es imposible que una niña...

Fig. Las niñas son las que vuelven locos á los viejos.

Bart. Si lo estoy viendo, barbero del demonio!

Fig. Me voy. Don Bartolo está loco.

Alm. Yo también me voy. Sí que parece loco.
(Sale.)

Fig. Loco de remate. (Sale.)

ESCENA XIV

BARTOLO, á la puerta

Conque loco, ¿eh? Infames, miserables, granujas. Chusma que había de estar en la cárcel. ¿Que estoy loco? Señor, si lo he visto, (Recordando el acto de entregar la carta y cogerla Rosina.) como veo ese pupitre. Y quieren ha-

cerme creer que no es verdad... eso va á volverme loco. Don Basilio, mi amigo don Basilio es el que me explicará. Voy á mandar por él. A ver, Despabilao; el otro. Cielos, si he despedido á todos... Enviaré á un vecino, al primero que pase. (Pausa.) ¿Será verdad que estoy loco? (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Una pieza contigua al cuarto de Rosina en casa de Bartolo. Es de noche. En la escena no habrá luces al levantarse el telón.

ESCENA PRIMERA

DON BARTOLO y DON BASILIO, con una linterna

Bart. Pero don Basilio, ¿cómo vais á hacerme creer que no lo conocéis?

Bas. No sé, don Bartolo, á fe mía que no lo sé. El que me entregó la carta para Rosina debe ser un emisario del conde. Pero, á juzgar por el regalo que me ha hecho debe de ser el conde en persona.

Bart. ¿Y por qué habéis aceptado el regalo?

Bas. Parecía que el generoso donante estaba ya de acuerdo con vos. El regalo me sorprendió. Yo no sabía qué hacerme. En los casos dudosos, una bolsa llena de oro es un argumento suficiente para no replicar. Además, como dice el refrán... lo que es bueno para tomarse...

Bart. Ya sé; es bueno para...

Bas. Guardarse.

Bart. ¿Qué decís?

Bas. Para guardárselo. He arreglado unos cuantos proverbios con algunas variaciones en la moraleja para estos casos. Mas, vamos al negocio. ¿Por qué os detenéis en minucias?

Bart. ¿Vos, Basilio, en mi lugar no haríais los más

- desesperados esfuerzos para retener á Rosina en vuestro poder?
- Bas.** Yo no, doctor... ¡la verdad! Pero vos... Poseer es poco en cuanto á los bienes; tenemos que gozar de ellos, que es lo que hace ser felices. En verdad, yo creo que casarse con una mujer que no nos quiere es un poco expuesto.
- Bart.** ¿Temeríais vos por el porvenir?
- Bas.** Se ven tantas cosas en los matrimonios... ¿No se entristecerá el corazón de Rosina?
- Bart.** Prefiero que ella me sufra que no que yo sufra por ella.
- Bas.** Entonces casaos, doctor, casaos.
- Bart.** Esta misma noche... si es posible.
- Bas.** Adiós. Si habláis con vuestra pupila pintadle la vida tan negra como el infierno.
- Bart.** Tengo aquí la carta que me ha entregado Alonso. El me enseñó la traza que debo usar al lado de ella.
- Bas.** ¡La calumnia, doctor! Si no hay más remedio! A las cuatro será; vendré con el notario para el casamiento.
- Bart.** Antes... sería mejor.
- Bas.** Antes es imposible; el notario dice que está comprometido.
- Bart.** ¿Para algún otro casamiento?
- Bas.** Dice que sí. Que lo llamó Figaro para casar á su nieta.
- Bart.** ¡Qué nieta ni qué... calabazas! Si no tiene nieta.
- Bas.** Eso he dicho al notario. Si no tiene nieta...
- Bart.** A ver si es algún enredo para que no pueda. No estoy tranquilo hasta que no venga el notario.
- Bas.** Ya vendrá.
- Bart.** ¿Por qué no vais desde luego á su casa y lo traéis desde luego?
- Bas.** No quiero más que serviros.
- Bart.** Yo os acompañaría. Pero temo separarme de Rosina.
- Bas.** No hay cuidado, tengo mi linterna.
- Bart.** Espero impaciente vuestro regreso.
- Bas.** Perded cuidado. Con las precauciones y ardidés que podré poner en planta, el golpe será decisivo. (Vanse.)

ESCENA II

ROSINA, sola

Me pareció que hablaban. (Pausa.) Son las doce y Lindoro no ha venido. La noche de truenos le protegerá evitando que pueda encontrarse con algún importuno. Tarda Lindoro, ¡si me hubiera engañado! ¿Quién viene? Mi tutor. Que no me vea. (Medio mutis.)

ESCENA III

ROSINA y BARTOLO

- Bart. ¿Todavía no te has recogido á tu cuarto?
Ros. Ahora iba á retirarme...
Bart. Con esta tormenta que hace, no podrás dormirte. Además tengo cosas importantes que decirte.
Ros. ¿Y qué queréis? ¿Aun deseais mortificarme por la noche también? ¿no tenéis bastante con atormentarme de día?
Bart. Oyeme, por piedad, Rosina.
Ros. Mañana... mañana lo escucharé todo.
Bart. Un momento, Rosina, un instante.
Ros. (Aparte.) Si apareciera ahora Lindoro por la ventana.
Bart. (Enseñándola la carta que le dió el Conde.) ¿Conoces esta letra?
Ros. (Que la conoce.) ¡Dios mío!
Bart. Ahora no quiero reñir. A tu edad se puede disculpar cualquier indiscreción. Pero yo tengo la obligación de guiarte, de aconsejarte... escúchame.
Ros. ¡No puedo más!
Bart. ¿Esta carta es la que escribiste al conde de Almaviva?
Ros. ¿Al Conde yo?
Bart. Te cuesta trabajo creer en el desengaño. La falta de experiencia hace que las mujeres sean confiadas y crédulas. Más aquí está bien claro el lazo que te han tendido. Una

mujer, que es amante del conde, me lo ha contado todo! La pobre quería desprenderse así de una rival tan peligrosa como tú. ¿Está claro? ¿Ves ahora cómo se tramó el engaño entre Almaviva y Fígaro y Alonso, el discípulo de don Basilio que yo tengo por agente secreto de Almaviva?... Has estado á punto de caer en un abismo del que nadie te hubiera podido sacar.

Ros. (Triste.) ¡Es terrible! Y crees que Lindoro era capaz...

Bart. (Aparte.) ¡Ah, se llama Lindoro!

Ros. Y la carta que habéis descubierto, ¿es para el conde de Almaviva? ¿Estáis seguro? Será para algún otro.

Bart. Me dijeron que tú la habías dirigido al conde.

Ros. ¡Qué infamia! Merece un gran castigo. Vos, don Bartolo, ¿deseábais casaros conmigo?

Bart. ¡Ya sabes que siempre estuve enamorado de ti!

Ros. Si todavía me amais, ¡seré vuestra esposa!

Bart. (Contento.) ¡Quién lo duda! El notario vendrá esta misma noche.

Ros. Pero hay más. Mi humillación, la burla que me han hecho, es mayor todavía. Con malas artes se han apoderado de la llave de la ventana.

Bart. ¡Pillastres! Hasta la boda no me separaré de ti.

Ros. ¿Y si traen armas?

Bart. ¡Cáscaras! Es verdad. Hay que precaverse. Vamos a prepararnos á la lucha. Tú subes al cuarto de Marcelina y te encierras bien, echando las dos vueltas á la llave. Yo voy á coger una espada y á salirles al encuentro en la calle con gente de justicia. Los cogemos en el garlito y nos veremos de un solo golpe vengados y libres y luego... mi amor te satisfará... de todo esto.

Ros. Perdonadme todos mis desdenes. (Aparte.) Ya estoy bastante castigada.

Bart. Vamos á preparar el lazo. (Pausa. Mirando á Rosina.) Mía, mía por fin.

ESCENA IV

ROSINA sola

¡Que su amor me satisfará! ¡Qué desgraciada soy, Dios mío! (Llora.) Pero, no; Lindoro va á venir. Lo recibiré, le echaré en cara la bajeza de su proceder, la negrura de su alma y esta será mi defensa contra mí misma. (Pausa.) Falta me hace defenderme contra mi vecino. (Pausa.) ¡Quién lo había de decir, Dios mío... que con aquella cara, con aquellos ojos serenos, aquella voz tan dulce no era Lindoro más que un emisario de un hombre malo y vil... Despréciale, Rosina. (Pausa. Sobresalto.) Ya están ahí. Ya abren la celosía. (Vase.)

ESCENA V

FÍGARO y ALMAVIVA

Figaro aparece en la ventana primera envuelto en un capote rojo.
El Conde con otra capa

- Fig.** (En la ventana.) Alguien se escapa...
Alm. ¿Un hombre?
Fig. No.
Alm. Fué Rosina que se habrá asustado de tu cara y ha salido huyendo.
Fig. (Entra.) Es posible. (Se quita la capa.) Pero al fin ya hemos llegado. Qué noche esta para aventuras.
Alm. (Aparece en la ventana.) Dame la mano. (Entra.) ¡Hemos vencido!
Fig. (En la ventana.) Qué noche para aventuras.
Alm. Para nuestra empresa es la mejor.
Fig. Pero no para arreglar salidas de este atolladero si alguien nos sorprende aquí.
Alm. ¿Pues no estás tú aquí? Para nada que no sea bueno hubiera venido contigo.
Fig. Señor: tenéis tres cualidades de las que

agradan al bello sexo: el amor, la intrepidez y el respeto á las apariencias.

Alm. ¿Y cómo le diríamos sin muchos rodeos, que el notario está en tu casa esperando para casarnos? Tal vez lo encuentre demasiado atrevido y me diga que soy audaz.

Fig. Si ella llama al señor conde atrevido, su excelencia la llama cruel. A las mujeres les gusta mucho que se les llame crueles. Además, si ella duda en casarse con Lindoro, le decís que sois el señor conde de Almaviva y ya no dudará más. ¡Ya lo sabía yo!

ESCENA VI

DICHOS y ROSINA

Figaro enciende las velas que hay sobre la mesa

Alm. Rosina mía, qué hermosa estás.

Ros. (Displícite.) Ya no os esperaba.

Alm. La impaciencia, Rosina; no he querido venir demasiado pronto. Aun al venir hacia mi Rosina pensaba en que iba á ofrecerla un porvenir desgraciado. En vos está mi dicha... donde quiera que vivais, Rosina...

Ros. Si hubiera pensado en eso al ofrecerla mi mano, no estaríais aquí. Pero la necesidad de vernos por este modo es lo que justifica vuestra estancia en mi cuarto.

Alm. ¿Vos, Rosina, esposa de un hombre sin linaje y sin fortuna?

Ros. Frente al amor, nada valen los nacimientos y los caudales, que los da el azar y no el corazón.

Alm. (Arrodillado.) Te adoro, Rosina.

Ros. (Indignada.) Que me adora. Esperaba esa palabra para echarle en cara su infame proceder y arrojarle de aquí. (Llora) Pero antes de repudiarte para siempre, sabe, infame Lindoro, que te amé mucho, que puse mi felicidad en compartir contigo tu mala suerte, ¡miserable Lindoro! ¡Y yo que iba á dejarlo todo para seguirte! Pero el uso cobarde que has hecho de mis bondades y la villana con-

ducta de ese conde de Almaviva á quien me vendeis... han hecho que tenga en mis manos esta prueba de mi debilidad... ¿Conoces esta carta?

Alm. ¿Esa carta que te ha dado Bartolo?

Ros. Cumpliendo su obligación.

Alm. ¡Qué felicidad! Bartolo la tenía porque yo se la di; dándosela gané su confianza... Después de habérsela dado no encontré oportunidad para avisároslo. (Rosina ha seguido con interés las palabras de Almaviva.) Rosina, ¿es verdad que me amais?

Ros. ¿Y lo dudas, Lindoro?

Alm. (Tira la capa y aparece con un magnífico traje.) Serás la más feliz de las mujeres. Ya no pienso usar más disimulo. Este feliz mortal á quien amais, no es Lindoro, señorita, soy el conde de Almaviva; muero sin amor y te busco sin descanso desde hace seis meses.

Ros. ¡Qué dicha!

Alm. ¡Figaro!

Fig. Estoy aquí, señor. Los transportes del amor platónico no tienen nunca consecuencias. Mirad, señor, á la señorita Rosina, cómo va volviendo en sí. ¡Caracoles y qué guapa es! Lindoro, Lindoro, y yo que pensaba casarme esta noche con mi tutor.

Alm. Rosina, ¡tú!

Ros. Quería castigar á Lindoro. Hubiera pasado mi vida odiándote. ¡Qué suplicio, Dios mío! No hay mayor castigo que tener que odiar cuando se ha nacido para querer.

Fig. (A la ventana.) Señor conde, han quitado la escalera.

Alm. ¿La escalera?

Ros. La ha quitado el doctor y yo tengo la culpa. Ese es el fruto de mi credulidad. Me engañó y se lo confesé todo, haciendoois traición. Sabe que estais aquí y va á venir con una espada.

Fig. Señor... gente á la puerta de la calle. (Mira.) Entran, señor.

Ros. ¡Lindoro!

Alm. Rosina, si me amas serás mi mujer. Tendré el gusto de castigar á ese odioso tutor que...

Ros. Os pido perdón para él.

ESCENA VII

DICHOS y DON BASILIO y BARTOLO

- Fig.** (Va á la puerta.) Señor: el notario.
Alm. Y el amigo Basilio que le acompaña.
Bas. *Vade retro*, ¿qué estoy viendo?
Fig. Que casualidad, ¿verdad, don Basilio?
Bas. ¿Y cómo es esto, señores?
Not. ¿Son estos los novios?
Alm. Sí, señor. Ya sabeis que habíais de casar esta noche en casa de Fígaro á la señorita Rosina conmigo. Pero hemos preferido esta casa por varias razones. ¿Traéis el contrato?
Not. ¿Tengo el honor de conversar con su excelencia el conde de Almagro?
Alm. Sí, señor; precisamente.
Bas. ¿Será para esto para lo que me dió Bartolo el salvoconducto?
Not. Tengo dos contratos de matrimonio. (Los saca.) Este es el de vucencia, y este otro es el del doctor Bartolo con la señorita... ¡Rosina también! Según veo se trata de dos señoritas que tienen el mismo nombre.
Alm. Firmemos, pues. (Firma.) Don Basilio quería servirnos de segundo testigo. (Firma Rosina.)
Bas. Excelentísimo señor: yo no entiendo esto.
Alm. Mi maestro Basilio, de todo se asombra y no se asusta de nada.
Bas. Señor, pero si el doctor Bartolo...
Alm. (Le da una bolsa.) No seáis inocente. Firmad aprisa.
Bas. ¡Pero, por Dios! (Con la bolsa en la mano)
Fig. ¿Qué dificultad hay después de eso para firmar?
Bas. (Tanteando la bolsa.) No hay dificultad. Pero cuando yo prometo una cosa necesito para no cumplirla razones de mucho peso.

ESCENA VIII

DICHOS y BARTOLO, ALCALDE, cuatro ALGUACILES y DESPACHILAO con luces

- Bart.** (Ve á Almaviva besando la mano á Rosina y á Figaro abrazar á Basilio. Coge al Notario por el cogote.) ¡Rosina con estos bribones! Ya tengo á uno cogido por el pescuezo.
- Not.** Yo soy notario, señor.
- Bas.** Es el notario á quien habíamos llamado. (Aparte.) Esto ya no tiene remedio.
- Bart.** ¿Pero no estabais con ellos?
- Bas.** ¿Y vos, cómo es que no estabais aquí?
- Alc.** Un momento. Yo conozco á éste. ¿Qué vienes tú á hacer aquí á estas horas.
- Fig.** ¡A estas horas! El señor Alcalde sabrá que no es más de la media, no es tan tarde. Soy además de la servidumbre del señor conde de Almaviva.
- Bart.** ¡Almaviva!
- Alc.** ¡Pero estos no son ladrones!
- Bart.** Vamos antes á otra cosa. Escuchad, señor conde; soy un humilde servidor de vuestra excelencia. ¡Tenga vuestra excelencia la amabilidad de retirarse!
- Alm.** Aquí no se trata de excelencias ni de condes. Aquí lo principal es la preferencia que esta señorita me ha concedido entregándome su amor por gracia de su libre voluntad.
- Bart.** ¿Qué dices á esto, Rosina?
- Ros.** Que dice la verdad. ¿Qué os asombra? ¿No habíamos quedado vos y yo en que esta misma noche había de vengarme del traidor? Pues me caso y ya estoy vengada.
- Bas.** ¡Cuando yo os decía, doctor, que el que me dió la carta era el propio conde en persona!
- Bart.** ¿Y á mí qué me importa? Este será un casamiento de comedia. ¿por qué, dónde están los testigos?
- Alm.** No falta nada. Mis testigos son estos dos señores.
- Bart.** (Sorprendido.) ¿Pero, Basilio, es posible que hayais firmado?

- Bas.** ¿Qué quereis, doctor? Este demonio de hombre tiene los bolsillos siempre llenos de argumentos irresistibles.
- Bart.** Pues contra sus argumentos expondré mi autoridad de tutor.
- Alm.** Ha perdido su autoridad queriendo abusar de ella.
- Bart.** Es que Rosina es menor de edad. Es que es mi pupila...
- Fig.** Pero Rosina se ha proclamado independiente.
- Bart.** (A Figaro.) ¿Quién te da á ti vela en este entierro, inmu do rapabarbas?
- Alm.** Rosina es bella y noble. Yo soy hombre de calidad, rico y joven también. Rosina está conforme en ser mi esposa; con estos títulos no tolero que don Bartolo me la dispute.
- Bart.** (Furioso.) Nunca saldrá de entre mis manos, mientras yo...
- Alm.** En este momento se librá de vuestra tutela. Me ampara la ley y la depositaré lejos de esta casa. El Alcalde, á quien vos mismo habeis traído, la protegerá contra la esclavitud á que queréis someterla. Los buenos magistrados son la providencia de los oprimidos.
- Alc.** (A Almaviva.) ¡Desde luego! Y esta resistencia de don Bartolo á un buen partido para Rosina, da pie para pensar en que el tutor ha administrado mal los bienes de su pupila, de los que mañana tendrá que dar cuenta.
- Alm.** Que dé su consentimiento y lo dispensaremos de rendir cuentas.
- Bart.** (Furioso.) Todos están contra mí. He metido la cabeza en el garlito.
- Bas.** ¡Qué garlito ni que ocho cuartos! Queríais poseer la mujer rica. No teniendo á la mujer quedaos con el dinero. Y del lobo...
- Fig.** Un pelo.
- Bas.** No; una dote. Yo arreglo los refranes para las ocasiones.
- Bart.** Don Basilio, dejadme en paz. No pensais más que en el dinero. ¿Para qué lo quiero si lo tenía ya? ¿Créis que me resistía por no entregar la cuenta...? (Firma.)

- Fig.** .(Con sorna.) ¡Ja, ja, ja! ¡Señores! (Hace una reverencia.) Todos son de la misma laya.
- Not.** Yo no lo entiendo. ¿Pero no son dos Rosinas?
- Fig.** No, señor. No hay más que una Rosina, ahora condesa de Almaviva.
- Bart.** ¡Y yo que he quitado la escalera para que mi casamiento fuese más fácil! Me he perdido por tonto.
- Fig.** Falta de sentido. Y convenga usted, doctor, en que cuando la juventud y el amor se unen para engañar á un viejo, cuantos esfuerzos se hagan por impedirlo será música de *La inútil precaución*. (Telón.)

VIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas

